



Mario Satz

QUÉ ES LA KÁBALA

Kairós

La Kábala puede considerarse el Yoga de Occidente; es el arte de leer e interpretar el libro fundador de nuestra cultura, la Biblia. Pero es también un juego semejante al ajedrez, con sus reglas, cifras y tiempos, cuyo fin último es afinar la mente del jugador o estudiante hasta que un creciente número de sinapsis o relaciones nos sorprenden con descubrimientos reveladores y hallazgos felices, haciendo nuevo lo viejo y comprensible nuestra naturaleza más profunda.

Esta breve pero medular introducción nos acerca a sus claves, a la par que nos familiariza con el simbolismo de las letras, el Árbol de la Vida, los senderos de la sabiduría y, finalmente, el arte de la parábola que despliegan los cuentos y ejemplos de los maestros.

Mario Satz es poeta, narrador, ensayista y traductor. Nació en Coronel Pringles, Buenos Aires, en el seno de una familia de origen hebreo. En 1970 se trasladó a Jerusalén para estudiar Kábala y en 1978 se estableció en Barcelona, donde se licenció en Filología Hispánica. Hoy combina la realización de seminarios sobre Kábala con su profesión de escritor. Otras obras suyas publicadas en Kairós se anuncian en las solapas de este libro.

www.editorialkairos.com

Diseño cubierta: Katrien van Steen

Sabiduría perenne

Importado por:
Distribuciones Mediterráneo SAC
RUC: 20537069831
Boulevard 162, of. 504
Santiago de Surco, Lima -Perú
(511)436 1530-(511)436 1413
MARZO 2012



OTROS LIBROS KAIRÓS:

Mario Satz

LA COLA DEL PAVO REAL

Fábulas

Durante siglos los hombres de diversas culturas han contado fábulas a la lumbre del fuego para reflexionar sobre sí mismos, apelando a las virtudes, los defectos o las características de los animales. Hoy la etología, la limnología, la ornitología o la etnobotánica aportan datos sorprendentes sobre el mundo natural, y mientras día a día desaparecen especies enteras y la naturaleza es avasallada impunemente, corresponde a la poesía rescatar por la fantasía lo que se ha deteriorado en un exceso de realidad.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

O los aromas del amor

Versión y notas de Mario Satz

Una magistral versión del fascinante texto de la tradición judeocristiana. Siguiendo las claves numéricas y geográficas del Cantar y en el contexto de la literatura comparada, la versión de Mario Satz nos revela inesperadas sincronías y constantes que corroboran la unanimidad del galanteo amoroso con que nuestra especie ha expresado la relación íntima entre el hombre y la mujer, pero también el puente entre alma y Amado, psique y Espíritu, esposa y Esposo.

Mario Satz

SENDEROS EN EL JARDÍN DEL CORAZÓN

Poética de la kábala

Uno de los más destacados especialistas sobre la kábala profundiza en los treinta y dos senderos de la sabiduría propuestos por el sistema kabalístico. Libro elegante y brillante, recomendado para todo aquel interesado en el tema.

OTROS LIBROS KAIRÓS:

Mario Satz

ARCA DE ROCA

Ensayos para una sensibilidad ecológica

Interdisciplinar, holístico, poético, mágico puente entre las enseñanzas y la sabiduría de la tradición sagrada y el arte de estar en armonía con la naturaleza. Observamos que la sensibilidad ecológica no dista mucho de la profundidad espiritual.

Z'ev ben Shimon Halevi

KÁBALA Y PSICOLOGÍA

Prólogo de Mario Satz

Este texto ilumina los numerosos procesos psicológicos que se establecen al relacionar la estructura y la dinámica del Árbol de la Vida kabalístico con las teorías de Jung y Freud. Se incluyen los problemas con los que tropieza el individuo en desarrollo, así como los de la locura y la experiencia mística pura.

Alan Watts

QUÉ ES EL TAO

A través de una exposición viva de las ideas y conceptos esenciales del pensamiento taoísta, Watts nos invita a vivir el Tao como una práctica personal de liberación y explica el papel que nos corresponde como individuos dotados de libre albedrío en un mundo cuyas pautas cambian continuamente. Así, Qué es el Tao muestra el alcance que esta antigua sabiduría oriental puede tener en nuestra ajetreada vida actual.

Mario Satz

¿QUÉ ES LA KÁBALA?

editorial **K**airós

© 2011 by Mario Satz
© de la presente edición:
2011 by Editorial Kairós, S.A.
Numancia 117-121, 08029 Barcelona, España
www.editorialkairos.com

Fotocomposición: Beluga & Mleka. Córcega, 267. 08008 Barcelona
Impresión y encuadernación: Romanya-Valls. Verdaguer, 1. 08786 Capellades

Primera edición: Diciembre 2011
ISBN: 978-84-9988-031-0
Depósito legal: B-39.595/2011

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

Este libro ha sido impreso con papel certificado FSC, proviene de fuentes respetuosas con la sociedad y el medio ambiente y cuenta con los requisitos necesarios para ser considerado un "libro amigo de los bosques".

Sumario

I	7
II	9
III	11
IV	13
V	15
VI	17
VII	19
VIII	21
IX	25
X	27
XI	29
XII	31
XIII	33
XIV	35
XV	39
XVI	41
XVII	43
XVIII	45
XIX	47
XX	49

XXI	53
XXII	55
XXIII	57
XXIV	59
XXV	61
XXVI	63
XXVII	67
XXVIII	69
XXIX	71
XXX	73
XXXI	75
XXXII	77
XXXIII	79
XXXIV	81
XXXV	85
XXXVI	87
XXXVII	89
XXXVIII	91
XXXIX	95
XL	97
XLI	99
XLII	101
XLIII	103
XLIV	105
XLV	107
XLVI	109

En la última década del siglo pasado tuve la fortuna de visitar y conocer en Ginebra al anciano rabí Alexander Safrán, rumano de nacimiento y salvado del Holocausto gracias a la intervención de un rey y otras personas influyentes. Llevaba un libro suyo sobre Kábala para que me lo firmase y una breve carta de la persona que había hecho posible el contacto. Era un hombre casi nonagenario, frágil y pálido, dueño de unos ojos aún enérgicos y al mismo tiempo amables. Le emocionó que viniese de España, la tierra del *Zohar* o *Libro del esplendor*, el documento más importante sobre la mística judía compilado o escrito por Moisés de León a mediados del siglo XIII. Mi francés estaba quebrado por la emoción. El suyo, noté, era muy bueno, aunque lento y casi inaudible.

Nos trajeron un té. Elogié su libro, cuyas líneas subrayadas miró con atención. Tras una media hora de conversación me contó esta parábola:

—La Kábala o arte de leer nuestra tradición es como si te dieran un gran llavero con un número finito de llaves —dijo—, te indicasen el palacio alfabético que debes abrir pero no te dijese que llave corresponde a qué cerradura.

Sorbí mi té casi sin abrir la boca. Estábamos, recuerdo, en la biblioteca de un colegio.

Era poco más de la media tarde.

—Al principio —dijo Alexander Safrán con voz tenue—, cuesta mucho hallar la correspondencia de la primera llave con su cerradura, pero cuando eso sucede la segunda llave halla su puerta en menos tiempo de lo que hemos tardado en dar con la primera. Poco a poco, en un lapso que puede abarcar años, sí, años, las llaves van abriendo las cerraduras que les están destinadas, hasta que por fin cada llave está en el sitio que le corresponde y, abierto el mencionado palacio alfabético, ¡resulta que era inexistente! Estamos solos frente al mundo, desnudos y sin embargo pletóricos de sentido, entusiasmados con nuestro viaje de estudios, que por supuesto no termina allí.

Sólo por oír esa historia valía la pena haber viajado a Ginebra y visitar al anciano maestro.

Tardé unos instantes en comprender que otro tanto había ocurrido conmigo, que para entonces llevaba más de veinte años estudiando Kábala, desde mis tempranos escauceos en Nueva York, mis años en Jerusalén y posteriormente mi vida en Barcelona. Había dado con ciertas llaves, se me habían abierto muchas puertas, la Torá o Pentateuco se me había revelado como un auténtico, rutilante palacio alfabético y, tras la disolución de varias ilusiones, comenzaba a comprender que, más allá de los textos escritos, la Creación entera es un prodigioso milagro sustentado por números, frecuencias y metáforas. Exactamente aquello de lo que habla la Kábala.

ק ב ל

La primera llave a la que tenemos que acudir se halla en un documento de la época talmúdica –siglos II-VI de nuestra era– y nos habla de la transmisión de la Ley o Torá. Recordemos antes que Torá es la palabra hebrea para referirse al núcleo central de la Biblia, el Pentateuco, es decir los primeros cinco libros: Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. El pasaje en cuestión dice: «Moisés recibió (*kibel*, קבל) la Ley en el monte Sináí y la transmitió a Josué, éste a los ancianos y estos últimos a los profetas, quienes a su vez la transmitieron a los miembros de la Gran Asamblea. Estos sabios, por su parte, solían hacer tres recomendaciones: 1) juzgad con paciencia, 2) formad muchos discípulos y 3) haced un vallado en torno a la Ley». El verbo *kibel* indica la transmisión oral, paralela a la escrita y que llega hasta nuestros días con una vitalidad asombrosa a pesar de las vicisitudes por las que pasó el pueblo judío desde la destrucción de Jerusalén a manos de las legiones romanas en el año 70 de nuestra era común.

De *kibel*, tercera persona del verbo “recibir”, procede Kábala, la Tradición o Transmisión, lo recibido básicamente de boca a oído y sin lo cual es bastante difícil acceder al sentido más profundo de las enseñanzas que postula la Torá:

ק ב ל ה

De lo que llevamos dicho hasta ahora se infiere, entonces, que esta Ley, esta Torá, tiene dos caras cuando menos: la primera conformada por el texto escrito, pesado y medido y prácticamente igual a sí mismo desde los días de la academia mediterránea de Yavne Yam, escuela en la que se hizo, alrededor del año 90 de nuestra era, la primera compilación bíblica tal y como la conocemos. La segunda, aquella que, fluida, elástica, siempre abierta a los cuatro vientos de la interpretación, llamamos propiamente Kábala y responde a lo oral. Según esta cara, las palabras de los versículos bíblicos no están fijas ni son inmóviles, rotan, giran, se invierten y convocan a otras palabras en otros pasajes para extender una y otra vez los significados. Si la Biblia, que en griego indica el plural de *biblion* (libro) conforma una especie de antología de multitud de textos procedentes de épocas diversas, en la Biblia hebrea y para los kabalistas cada palabra en sí es una biblioteca y tiene tantas facetas como un diamante.

III

La segunda llave a considerar lleva el nombre de *notarikon* y es la que nos permite ver en el interior de una palabra otros vocablos, exactamente como cuando abrimos un abanico y vemos el diseño total que lo articula. Así, por ejemplo, y para continuar con la Kábala, Tradición y también Transmisión:

ק ב ל ה

En el interior de la cual hallamos, en una primera apreciación, otras tres: *leb*, *lahab* y *kahal*, respectivamente, corazón, llama y comunidad: el sujeto, el fenómeno y el medio social en el que eso se enciende e ilumina.

<i>leb</i>	<i>ahab</i>	<i>kahal</i>
לב	להב	קהל
Corazón	Llama	Comunidad

De donde inferimos que esta tradición oral, dada a una comunidad y a través de ella al mundo entero, consiste en un camino de estudio y meditación que se propone encender la llama del corazón.

Una imagen conocida en la tradición cristiana pero de clara rai-gambre kabalística según iremos viendo. Por otra parte, la relación de esta sabiduría con el fuego queda atestiguada en varios pasajes de la Biblia, como éste de Deuteronomio 4, 12: «Y habló el Eterno con vosotros en medio del fuego». Hay, sabemos, un eco de esta experiencia en el segundo capítulo de Hechos de los apóstoles, cuando el Espíritu Santo se manifiesta a los creyentes en lenguas de fuego.

Según nos cuenta el *Zohar* o *Libro del esplendor*, la Torá dada en el monte Sinaí a Moisés, fue escrita con fuego negro y fuego blanco. Si suponemos el primero ligado a las letras, el segundo lo será al espacio que hay entre ellas. En tanto el negro se explaya en polaridades y exclusiones que se ocupan de la tradición escrita hecha de letras disímiles, podemos decir que el fuego blanco alude a la tradición oral, más interesada, como estamos observando, en los nexos, las relaciones y la confluencia de sentidos que una sola palabra posee.

Los sabios hebreos, entonces, sostuvieron y sostienen aún que la Torá fue dada en el monte Sinaí con dos clases de fuego: negro y blanco. Por la oscuridad de sus letras, por la irregularidad de su perfil, el mundo es creado en series de opuestos, de contrario en contrario; pero desde la serena blancura que por debajo y por encima las agrupa, el universo es recreado con luz, de círculo en círculo y onda en onda.

IV

La Kábala se postula, por lo tanto, como una sabiduría del corazón o *leb* (לב). Palabra que convertida en número da la cifra treinta y dos, los famosos senderos a los que alude el primer gran texto propiamente dedicado a nuestra materia, el *Séfer yetzirá* o *Libro de la formación* (siglos II o IV de nuestra era), y que en una apretada mezcla de gramática, astronomía, medicina y glosas bíblicas muy a la usanza entre los místicos judíos, nos dice lo siguiente: «Por treinta y dos caminos misteriosos de sabiduría, Dios, el Eterno, el Dios de Israel, Dios viviente, elevado y sublime, que habita la Eternidad y cuyo nombre es santo, ha trazado y creado su mundo bajo tres formas: por la escritura, el número y la palabra. Diez son los números primordiales, veintidós las letras fundamentales, de las cuales tres son principales, siete son dobles y doce simples».

Así traducido se nos escapa un dato revelador: el concepto hebreo de libro o *séfer* está emparentado con la voz castellana “cifra”, y dado que en la Torá cada palabra aparece en un versículo numerado y tiene, además, un determinado valor, la enseñanza de la Biblia, la lectura de este libro paradigmático y único, sin duda inquietante por la abundancia de ligámenes significativos que la

Kábala nos descubre y que vuelven más coherente el texto que estamos estudiando, es algo que no debe ser tomado a la ligera. Puede parecer a esta altura de nuestra exposición que estamos ante un juego, un mero pasatiempo que, por cierto, ha dado la palabra Kábala con ce como un galimatías de números y pálpitos, pero lo cierto es que este *ars kabalístico* que ha contado entre sus discípulos y estudiosos a personajes históricos como Maimónides y Najmánides o Bonastruc de Porta, el genio de Girona; Newton, Blake, John Dee, Paracelso y así hasta llegar a C.G. Jung, para citar sólo algunos, es mucho más profundo de lo que parece a simple vista.

A diferencia del genio oriental, más difuso y metafísico, el genio hebreo tiene, como el griego, una tendencia innata hacia la racionalidad y la medida humana de las cosas. De ahí que los números de la Ley sujeten las palabras y, al mismo tiempo, que los vocablos bíblicos puedan ser leídos como cifras, las cuales comparadas con palabras que valen lo mismo abren nuestra percepción más allá de lo previsible y hacia zonas cada vez más ricas en sentido y coherencia. Todo lo cual nos llega a través de uno de los idiomas sagrados más fascinantes del mundo, el hebreo, cuyas diamantinas sílabas cortaron, a partir de san Jerónimo y su Vulgata, casi todos los idiomas occidentales. Si Occidente debe al mundo grecorromano su arquitectura civil, sin duda debe a la Biblia judeocristiana su riqueza anímica y complejidad psicológica.

V

Que la belleza espiritual tiene que ver con el fuego, nos lo revela la palabra hebrea para “éxtasis”, *hitlahabut* (התלהבות), en el interior de la cual encontramos *lahab* (להב), la “llama”. Está claro que para Juan de la Cruz esta belleza, esta hermosura ígnea se torna evidente en la *unio mystica*, puesto que «va –escribe el poeta y santo castellano– el Creador ilustrando al alma sobrenaturalmente con el rayo de su divina luz». La elección, en este caso, de la palabra rayo o relámpago no es aleatoria, por cuanto aquello que se da entre dos seres que se aman y unen mediante la zigzagueante secuencia de sus abrazos, se produce de modo semejante dentro del corazón del místico o meditador en el momento más álgido de su contemplación. Entre los estudiantes de la Kábala suele decirse que la comprensión total *es posible, pero no registrable*, es decir que lo que acontece en el momento de la iluminación y comprensión supremas, la *habrakáh* (הברקה) –la cual nos devuelve o retorna, *shib*, al origen–, nunca puede expresarse claramente en palabras, ya que tiene mucho más que ver con un *cambio de aliento* (véanse las dos ה ה en *habrakáh*, dando comienzo y fin a la palabra “relámpago”, *barak* [ברק], mucho más que ver con una sutil modificación anímica, que con el verbo.

(שיב = 312 = הברקה)

Por otra parte, y si leemos en lugar de *shib*, “retorno”, “regreso”, las palabras hebreas *ish bi* (יש בי), que quieren decir “hay en mí”, veremos de inmediato que lo que de verdad se descubre en el proceso de iluminación espiritual *es algo que ya estaba dentro, que subyacía en la simple existencia de todos los días, pero no alcanzábamos a ver.*

En el caso de invertir la cifra de la iluminación, es decir que si en vez de leer 312 leemos 213, la palabra que le corresponde es *abir* (אביר = 213), fuerte, valiente, íntegro, de donde la experiencia de la iluminación sirve, también, y por inversión especular, *para transformar nuestra debilidad en fortaleza, nuestra desazón en sazón.* Se supone que, para que el kabalista llegue a comprender o discernir cuál es el camino que debe seguir hasta desembocar en su iluminación, lo primero que debe aceptar es *lo zigzagueante de su curso*, ya que ése es el trazo que el relámpago describe en el cielo en el momento de su aparición. Zigzagueante implica, sin embargo, rectitud en la conducta y comprensión de las polaridades en la vida externa: fuerza-piedad, sabiduría-entendimiento, etc. Por último, cuando se suman los números de la iluminación, se llega al seis, cifra del hombre representado por la letra *vav* (1 = 6), indicando así que esa transformación psicológica, el ser atravesado e iluminado por el relámpago, no ocurre allende lo humano, sino precisamente en su seno.

VI

Las operaciones numéricas llevadas a cabo en el capítulo anterior llevan el nombre de *guematria* y constituyen otras de las llaves mencionadas por el maestro Safrán. Las veintidós letras del alfabeto sagrado tienen, desde tiempo inmemorial, asignada una cifra. De la *alef* a la *yod* vamos del uno al diez; de la *caf* a la *kuf*, del veinte al cien, y por fin las tres últimas letras, la *reish*, la *shin* y la *tau* valen doscientos, trescientos y cuatrocientos respectivamente. Algunas escuelas asignan valores más altos a las cuatro letras que adoptan una forma distinta al final de las palabras, pero se trata de una concepción excepcional y poco empleada, así como tampoco se estudian demasiado las relaciones de las letras con el color o las formas geométricas. La Kábala, que me atrevo a llamar un arte antes que un sistema cerrado, vive de sus elasticidades y paralelos. En todo caso, se parece a un juego, un juego divino. Exactamente como el *lila* sánscrito, que alude a la danza de la realidad.

Veamos cómo opera la numerología o *guematria* en un campo tan específico como el del amor, que en hebreo lleva el nombre de *ahabá*.

El Desconocido, rabí Lo Iadúa, dijo: «Aprender a amar es como aprender una y otra vez el alfabeto. Primero los sonidos y luego los sentidos, primero las vocales y luego las consonantes. ¿Acaso no suspiramos pequeños sonidos cuando la emoción es fuerte, y volvemos a las exclamaciones vocálicas en los momentos más intensos? Los que hablan mucho aman poco, pero los que aman mucho saben que el silencio habla por ellos».

El maestro basa su exposición en el hecho de que la palabra que la Biblia emplea para amor es *ahabá* (אהבה) e incluye el *alef-bet* (אב) o alfabeto. Pero también dos letras *hei* (ה ה), signos de los suspiros, marcas del aliento, soplos del alma otorgada por el Padre, cuyo nombre es *abah* y que, como puede verse (אבה), también figura en *ahabá* o amor (אהבה). Tal es el motivo, de hecho, por el cual en el pasaje de 1 Juan 16 leemos: «Dios (que es Padre, también) es amor». Apelando, entonces, a una simple aliteración o cambio en la posición de las letras, *abah*, “Padre”, se convierte en *ahab* u *oheb*, (אהב), “amor”.

Curiosamente, y por su valor numérico, *ahabá* equivale a 13 (אהבה = 1 + 5 + 2 + 5 = 13) y el Nombre Divino o Tetragrama, es decir Dios, Jehová (יהוה = 10 + 5 + 6 + 5 = 26), al doble. Es decir *que se necesitan dos parcelas de amor humano para llegar a lo que ya vale el amor divino. A la inversa, al crear a nuestros antepasados, y según el Génesis, Dios se proyecta, divide y reparte entre lo femenino y lo masculino para que, en el momento más espléndido de amor, en la chispa simultánea, ambos, mujer y hombre, al reencontrarse, Lo descubran.*

VII

Pero la paradoja más grande del amor nace en su propia fuente, ya que una fuerza descomunal, la suya, enhebra o enlaza a dos débiles criaturas que, por su parte, quisieran dominarla, controlarla, y a todas luces ésa es una empresa imposible. Ovidio, el poeta latino, escribió que Eros lanza dos flechas, una de oro —hacia aquellos que han comenzado a amarse— y otra de plomo —al corazón de quienes ya no sienten nada el uno por el otro—. Que un mismo dios sea responsable de las variaciones y los desvaríos del amor nos habla de la ambigüedad de esa fuerza, de lo oscilante y, con frecuencia, reversible de esa energía. Ya en nuestro siglo el poeta mexicano Octavio Paz aludió al amor como *la llama doble*, roja y azul, del Eros-pasión y el Ágape-amor. La metáfora es excelente por cuanto ya en el siglo XVI Juan de la Cruz hablaba de una llama de amor viva.

Al igual que con el alfabeto, con el amor pueden escribirse muchas clases de historias, cuyos elementos constituyentes serán finitos, pero sus torturas y padeceres infinitos. Lo que sí parece evidente es que, de existir esos dos cromatismos aplicables al amor, en su desarrollo cronológico el primero de ellos sería rojo y el segundo azul, escribiéndose uno con minúscula y el otro con mayúscula.

Con notable claridad, con escueta belleza, Teresa de Jesús distingue en la séptima estancia de sus *Moradas* la diferencia que, a su juicio, hay entre el desposorio espiritual y el matrimonio espiritual. En el primer caso puede haber, y de hecho hay, separación tras la unión. Cada individuo permanece, incluso después del encuentro, diferente del otro (o de Dios), en tanto que en el matrimonio se hace uno con él (o con el Creador). Justificando esa idea, la mística castellana cita el pasaje de 1 Corintios 6, 17: «El que se arrima y llega a Dios hácese un espíritu con Él». *Unus spiritus est*. Exactamente del mismo modo distingue el lenguaje de la Kábala entre las expresiones *zug* y *zivug*, “pareja” y “acoplamiento” respectivamente (גזף ו גזף), las cuales, y como puede detectarse, difieren por una sola letra, la *vav* (1), que aparece dos veces en la palabra *zivug*.

Zug, “pareja”, גזף

Zivug, “acoplamiento”, גזף

En el primer caso la cifra equivale a *ijez* (יזח = 16), “unir”, “relacionar”; y en el segundo el número del acoplamiento corresponde a *iajad* (יזח = 22), “juntos”, “al unísono”. Simultáneamente. Es decir que el tránsito entre *el estar juntos* y *el estar unidos* (a una pareja o a Dios, en lo carnal o en lo anímico), que lleva a cabo la segunda *vav* incorporándose a la pareja o *zug*, supone que en cada quien se han podido unificar las dos *vavim*, la copulativa y la disyuntiva, por lo que hay tanta comprensión amorosa como lucidez y discernimiento.

VIII

El valor de *zivug*, “acoplamiento”, nos recuerda, por su cifra íntima, la expresión *bejá* (בָּךְ = 22), “en ti” o “por ti”, puente expresivo por el que el patriarca Abraham recibe el regalo de los veintidós senderos de sabiduría implícita en las letras hebreas. Senderos que están *fuera* de él tanto como *en* él, ya que para la Biblia —dijo Ibn Paquda de Zaragoza— «la sabiduría es la huella de Dios en el mundo». Un kabalista libio del siglo XVIII, el rabí Amir Bengazzi, anotó en su *Nesuim shel le-mala, Bodas de altura*, lo siguiente: «El amor humano sólo es la mitad del amor divino, pues el amor divino no necesita de otra parte para volverse consciente de su belleza y esplendor. Y, sin embargo, cuando se comparan uno y otro, *ahabá* (אהבה) con el *shem ha-meforash* (יהוה) o “Nombre Inefable del Tetragrama”, se ve claramente que un mismo hálito los atraviesa a ambos por el mismo lugar. El Creador se desdobra en el amor humano, pero se unifica en sí mismo cuando se ha visto reflejado en el menor de Sus latidos».

Desde la primera palabra de la Biblia hebrea, la Kábala o Tradición oral sostiene que el Creador estableció con el ser humano un pacto de fuego, una alianza intra y extracelular cuya evidencia se hace

gradual y manifiesta en la misma medida en que nos tornamos, en un momento u otro de nuestras vidas, discípulos de la luz. En efecto, en el principio o *bereshit* (בראשית) se compone de otras dos palabras, *esh* y *brit* (אש y ברית), “fuego” y “pacto” respectivamente. Desde ese momento, y pasando por la zarza ardiente que viera Moisés en el Exodo hasta llegar al pasaje de Jeremías 23, 29 y posteriormente al de Mateo 3, 11, el verbo, las palabras mismas son comparadas al fuego, y el hecho de discernirlas y comprenderlas a fondo, al de ser iluminado por ellas. Una experiencia etimológica paralela en el ámbito hindú nos llevaría sin dificultad, andando siglos y migraciones, al dios del fuego Agni, y pasando por la raíz sánscrita *jñāna*, “conocimiento”, a la *gnosis* griega y por fin a nuestro verbo castellano “conocer”, aventura lingüística que se vería corroborada por la experiencia, ya que *todo conocimiento deriva del fuego, y toda sabiduría, del dominio y administración de su luz.*

Siguiendo la división cosmológica que nos propone el *Séfer yetzirá* o *Libro de la formación*, texto de la Kábala temprana, constatamos que aún hoy en el cuerpo humano, pero también antaño en la estructura trinitaria del templo salomónico, hay tres zonas, tres regiones, cada una de las cuales está regida o se mueve bajo el amparo de una de las tres letras madres, a saber: la *alef*, la *mem* y la *shin*.

ש	<i>fuego</i>
מ	<i>aire</i>
נ	<i>agua</i>

Curiosamente, el citado texto llama madres a las letras y padres a los correspondientes elementos. Tal y como puede verse, la letra *shin* (שׁ) se corresponde con el nivel del fuego que, a su vez, se alinea con la cabeza. Al mismo tiempo, la letra *alef* (א), regida por el aire, actúa en la zona de los pulmones, y por fin la *mem* (מ), cuyo ámbito es el agua, activa la zona digestiva y genital.

Por lo tanto, esa lengua de fuego, ese código sagrado y radiante con el cual, según la Kábala, se creó el universo y cuya huella vibratoria conservan los veintidós signos alfabéticos del hebreo, tiene su origen y su fin, en tanto secreto bien guardado, en la cabeza humana. Pero nuestra tradición judeocristiana no es la primera ni la última en señalar esa analogía entre lo divino y el fuego. También la descubrimos en la *Gita* (4, 25), que indica que Brahma, el Ser Supremo, es idéntico al fuego; y por supuesto en el apócrifo Evangelio de Tomás, según el cual Jesús dijo a sus discípulos, en el *logion* 82: «Quien está cerca de Mí está cerca del fuego; quien está lejos de Mí está lejos del reino». Ahora bien: si el reino es un reino ígneo, ¿de qué modo establece su pacto en nuestra cabeza? Mejor dicho, ¿cómo actúa allí y para qué?

La respuesta bioquímica y moderna a esa pregunta nos conduce al elemento fósforo (P), que tan esencial es para el funcionamiento neuronal, pues participa de la síntesis de los ácidos nucleicos a la vez que del transporte informático de una molécula viviente a otra. De manera tal que *la luz entra por la cabeza en su radiación etérea e invisible, manifiesta su llama a la altura del corazón y es*

transformada en simiente en la zona genital, por la actividad cósmica de un fuego que, como dijera Heráclito de Éfeso, «arde eternamente y eternamente se apaga», un fuego que parece haber escogido el fósforo para, eventualmente, brillar en la oscuridad, bajo la piel del que vive y en la mente del que sabe. Al llamar a la simiente botánica o animal luz sólida, los filósofos chinos, por su parte, llegaron a la conclusión, en sus ejercicios de alquimia yóguica, de que la conexión entre el arriba y el abajo era más que obvia, pues en el universo *la energía es siempre una y la misma a pesar de sus diversas manifestaciones*; y que, con voluntad y determinación, aquel que quisiese evolucionar en un plano emocional, anímico y espiritual tendría que hallar el puente entre la luz y la simiente; es decir, entre la cabeza y la genitalidad. Por eso relacionaron el corazón humano con las Pléyades, el titilar de las estrellas con los latidos cordiales. Las Pléyades: consideradas por muchos astrónomos como el centro justo de nuestra galaxia.

IX

De origen griego, la palabra *fósforo* (φωσφορος) significa “transmisor de luz”, “transportador de claridad”. Curiosamente, los mitólogos atribuyen a este nombre las mismas virtudes que a Lucifer, el portador de la luz. En el mundo griego, en cambio, en donde era llamado Heósforo, se asimilaba a la estrella matutina, Venus. En hebreo, lleva el nombre de *zarján* (זרְיָן) y porta, cómo no, la radícula *raz* (רַז = 207 = אֲזַר), el secreto que posee el mismo valor que *or*, la luz. ¡Pero también lleva o conduce a *jen* (יָן), la gracia! Así pues, el discípulo debe primero pasar por el Infierno –Dante *dixit*–, donde reina Lucifer, para ascender después al Paraíso, estadio indiviso del ser, corona simbólica de la obra magna que consiste en volver a conectarnos, y de modo sereno, con la luz que nos trajo. Del modo más constante y permanente posible.

Pero en esa búsqueda del principio, que es también la de la génesis de las cosas, nos es preciso contemplar, como estudiantes de la Kábala, el contenido secreto de todo lo que esa palabra, *bereshit*, articula en su seno si queremos que nuestro camino no sea meramente intelectual:

בראשית	<i>Bereshit</i>	<i>En el principio</i>
תא	<i>Ta</i>	<i>Célula</i>
בשרי	<i>Basarí</i>	<i>En mi carne</i>

Entonces, al hacerlo, descubriremos esta notable verdad: que cada *ta* (תא) o célula viviente de mi carne o que está en mi carne, *basarí* (בשרי), parece estar animada por el mismo fuego, y que en ella el pacto divino, cósmico, sigue activo aún hoy, en este momento, ahora, para que al ser redescubierto como si de un juego de cajas chinas se tratase, *la más pequeña de las piezas revele la estructura de la mayor y la memoria de lo profundo se abra de ese modo sobre el archivo de los cielos para presenciar desde allí el ígneo acontecer estelar, fecundo e inagotable*. Esa tarea, ese arte combinatorio en el que el discípulo se torna de día en día más avezado y diestro, ha dado pie a que la Kábala pueda ser considerada también como una suerte de poética cuya síntesis y cuyos flujos y reflujos constituyen un ejercicio de innegable calidad para aprender, según veremos, a pensar. Un arte de meditar en nuestros orígenes y, consecuentemente, en nuestros fines.

X

Retornando al *Libro de la formación* o *Yetzirá*, descubrimos aún una explicación más exhaustiva acerca del desarrollo cosmológico: «El origen del cielo es el fuego; el origen de la atmósfera es el aire; el origen de la tierra es el agua. El fuego sube, el agua descende y el aire es la regla que establece un equilibrio entre ellos». Por lo tanto, *todos nuestros ascensos serán ígneos o aumentarán la temperatura de nuestra agua y todos nuestros equilibrios serán aéreos, es decir respiratorios, en la misma medida en que todas nuestras generaciones biológicas serán líquidas*. En *bereshit* (בראשית), es decir en ese principio que contiene el pacto de fuego del que hablamos, existe, también, y si sabemos verla, una casa o *bait* (בית), un laboratorio desde el cual experimentar que nuestra auténtica morada es *nuestra propia cabeza* o *rosh* (ראש), ya que todo lo que vivimos por fuera es en realidad una proyección de lo que sentimos por dentro, puesto que, y una vez encendido, allí canta o *shar* (שר) el fuego o *esh* (אש) del discernimiento.

Así como el fuego está representado por la letra *shin* (ש), que corresponde a la cabeza, así a ésta le corresponde la *majshabá* o el pensamiento (מחשבה), actividad que realiza nuestro cerebro o *móaj* (מוח) en un continuo regreso o *shab* (שב) a la fuente de todo calor,

fuego y luz de nuestro sistema: el sol o *jamá* (חמה). He aquí, pues, tal y como insinuamos antes, por qué *la Kábala puede ser considerada, siendo como es un pacto de fuego, un modelo para pensar en la evolución de las formas sin perder de vista las ideas, y un camino de realización para todos aquellos que ansían comprender cómo, de qué modo fue posible que el más notable iniciado cristiano de esta cadena de transmisión oral, es decir Jesús, fuera llamado en su época el Verbo Encarnado*. Finalmente, un último secreto contenido en ese *bereshit* de nuestros principios:

בראשית

שבח

Shabat

Sábado

ראי

Ref

Espejo

Dijo Lo Iadúa, el rabí Desconocido: «En el principio, Dios creó el mundo como un juego, yendo de un lado para el otro, a lo largo de las seis direcciones del espacio; poniendo allí una estrella, aquí una ola. Más acá árboles, detrás los animales. En el aire, las nubes; bajo tierra el agua, el oro y los minerales. Pero el séptimo día cruzó el espejo de su obra y fue a sentarse, omnisciente, detrás de cada una de Sus creaciones. Por eso, cuando dedicamos el *shabat* a la contemplación, lo que en realidad hacemos es estar atentos a nuestro entorno, pues Él, el Creador, está detrás del espejo de la naturaleza y el séptimo día –siquiera momentáneamente– se fija a nuestros ojos de modo sobrenatural y placentero...».

XI

La primera mención de los treinta y dos misteriosos senderos de sabiduría figura en el ya citado *Libro de la formación* o *Séfer yetzirá*, en el cual no se nos aclara, por cierto, y de inmediato, de dónde proceden, pero una atenta mirada al texto bíblico que va del Génesis al final del Deuteronomio nos revela que tanto la primera letra de la primera palabra genésica, *bereshit*, como la última de la última palabra deuteronomica, *Israel*, tienen la clave buscada, de tal modo que – para nuestra sorpresa, puesto que *leb* (לב = 32), el “órgano cordial”, se escribe con esos signos–, *toda la sabiduría de la Torá está contenida en nuestro corazón* y, a su vez, y en última instancia, *será la corriente alterna de su pulso la que ilumine los pasajes más oscuros en un sutil juego de espejos enfrentados cuya luz didáctica se acrecienta de significado en significado*. Ésa es la razón por la que, y a lo largo de los siglos, los maestros de la Kábala han hablado del espejo de la Torá, o de sus letras-vasos que, al lustrarse, reflejan el rostro de quien la estudia y le ayudan a conocerse mejor. Si entre la primera y la última letra de la Torá hebrea, es decir de los cinco libros atribuidos a Moisés, libro a todas luces codificado, late el corazón secreto de la sabiduría, paralelamente vibra en el nuestro la capacidad de discernimiento que permite acercarnos a ella.

Ese conocimiento era ya un fruto maduro en la época en la que Jesús el Nazareno aparece en escena, y por ello pudo hablarse, con razón, del *verbo encarnado* de un maestro que resumía, explayaba y hacía efectiva esa clase de sabiduría terapéutica. El fuego y la luz que brillaban en la cabeza, energía sin principio ni fin, que ardían subcutáneamente en una danza que la Kábala llamaría *einsófica*, infinita, necesitaban arraigar y expresarse a través del finito corazón humano para que fuera comprensible su destino y el *locus intimus* a partir del cual, y a semejanza del mentor, el discípulo podía empezar a meditar. Si el Padre-Cabeza-Pensamiento es el templo máximo del Espíritu Santo, el Hijo-Corazón-Verbo hablado será su altar, el ara donde se revelan sus más sublimes transmutaciones. Una sentencia que figura en el Evangelio, en concreto en Mateo 15, 18, así parece explicitarlo: «Mas lo que sale de la boca del corazón sale», como si la sede y raíz de la palabra no se hallase verdaderamente en la lengua sino en el cúadruple recinto cordial. Mudo, tácito, el pensamiento pertenece al Padre como la elocuencia expresa al Hijo. Fiel sin duda al mundo cultural que le precediera, para la perspectiva hebrea –y también para la budista– Jesús no sería entonces ni el primero ni el único en explayarse acerca de la paz que proporciona esta sabiduría cordial, sino uno más, uno de los mayores ciertamente, pero de ningún modo alguien que desea excluirse del contexto mismo de la Tradición (de ahí que, en su propio discurso, se diga que ninguna *yod* o *yota* pueda ni deba ser cambiada hasta que se cumplan las Escrituras). Eso mismo significa, en consecuencia, la palabra Kábala, Transmisión o Tradición oral ininterrumpida.

XII

Enfatizando aún más la importancia axial de ese centro, el del corazón, Juan de la Cruz anotará: «Los bienes de Dios, que están fuera de toda medida, sólo pueden ser contenidos en un corazón vacío y solitario». Palabras de quien sin duda sabe que la condición previa que debe asumir aquel que se dispone a zambullirse en ese océano de sabiduría que es la Biblia o, para el caso, la Torá, guiado en ello por los treinta y dos instrumentos, los cuatro niveles y los tres ejes del Árbol de la Vida, es la de una apertura total, una desnudez ejemplar y, muchas veces, una fe incommovible ante las zozobras y las impacencias de la búsqueda.

Después del ya citado *Libro de la formación*, y en orden de importancia, viene el *Libro de la claridad o Séfer Bahir*, documento del siglo XI provenzal que, a su vez, proviene de los grupos de estudio reunidos en torno al *Yetzirá*. En él se lee que: «La palabra *leb* (לב) hace alusión a los treinta y dos senderos que están ocultos y mediante los cuales el mundo ha sido creado. Esos treinta y dos [senderos] son, por otra parte, comparables a un rey situado en el último de sus cuartos. Teniendo su castillo treinta y dos, cada uno de los cuartos posee un camino que va hacia la habitación del rey». A

pesar de haber sido escrito cinco siglos antes, este fragmento tiene un sorprendente parecido con las *Moradas* de la castellana Teresa. En cierto sentido, puede decirse que los senderos equivalen a lo que la India, en el Yoga, denomina en sánscrito *nadis*, hilos o canales energéticos que recorren el organismo humano de arriba abajo. Pero, al estar delineados por letras y por números, a diferencia del saber oriental, los canales mencionados por la Kábala son más racionales, más arquitectónicos quizá, al mismo tiempo que más abstractos.

Arriba, en la cabeza, el motor inmóvil: el Padre; abajo, en el corazón, el motor móvil: el Hijo. Arriba, el pensamiento, y abajo, el lenguaje, sus signos e ideogramas. En Jeremías 31, 33 vemos confirmado tal aserto:

Daré mi Ley en su mente y la escribiré en sus corazones.

נחתי את-תורתך בקרבם ועל-לבם אכתבנה

Natati et-Toratí be-kirbam ve-al-libam ejtabana.

Por lo tanto, parece obvio que el tesoro esté guardado en la zona cordial, tanto como que la Tradición, en principio oral, deba verse corroborada por el texto escrito en una suerte de mutuo alumbramiento con tal de que los significados, que por lo demás varían de siglo en siglo, se adapten a la época en la que vive el estudiante.

XIII

Los maestros de la Kábala sostienen que si a los ya citados treinta y dos senderos de sabiduría se le quitan seis números, el equivalente guemátrico de la letra *vav* (1), cuyo trazo alude al hombre, queda la cifra veintiséis, número de números que alude al Tetragrama o Nombre Divino de Dios (יהוה = 26). Inversamente, si al Creador, representado siempre por el Tetragrama o Nombre de Cuatro Letras, se le suma el hombre, cuyo valor es seis, se obtienen los treinta y dos preciosos senderos de la sabiduría. En el fragmento XCVIII del *Libro de la claridad* se nos dice que: «Del mismo modo que el corazón constituye el fruto más espléndido del cuerpo, así ha tomado Israel el fruto del árbol del esplendor. Así como la palmera está rodeada de ramas y en su centro está el palmón o *lulab* (לוּלָב), así ha hecho Israel con el cuerpo de ese árbol que es su corazón. La palmera simboliza la columna vertebral del hombre, su pilar esencial. Siendo así que la palabra *lulab* contiene las letras *lá-med-bet* (לֵב) más el prefijo que denota un pronombre posesivo de tercera persona, *lo* (לוּ), hay que ofrecerle al Creador el corazón, *lo leb* (לוּ לֵב)... ¿Y qué significan las consonantes *lámed* y *bet*?... Aluden a los treinta y dos senderos de la sabiduría, delicadamente ocultos, que confluyen hacia el corazón y cada uno de los cuales

está regido por una forma especial, que, según se dice en el Génesis 3, 24, sirven: «Para guardar el camino del Árbol de la Vida».

Parece claro, en consecuencia, que el estudiante de Kábala aspira, como dice el Salmo 92, 12, a “florecer como la palmera”, recto y justo, para lo cual cuenta en su haber con los signos escritos de ese tablero de prodigios que es la Torá o Biblia hebrea.

Desprendiendo una palabra de otra, decodificando en cada una de ellas los glifos del proceso entero de realización espiritual, se vuelve evidente que *los maestros de distintas épocas y lugares serán los encargados de mantener esta llama encendida, tanto para cauterizar las heridas sociales como para evocar, una y otra vez en el corazón de las gentes, el canto unánime de las estrellas*. Invisible por principio, este conocimiento se les revelará gradualmente en la misma medida en que se inclinen sobre los treinta y dos senderos compuestos por las veintidós letras y las diez esferas o círculos arquetípicos llamados *sefirots*, los cuales obedecen, por otra parte, al código numérico de ordenación de los versículos. Para la cosmología bíblica, y según lo atestigua el Proverbio 4, 23, la vida, toda la vida, parece surgir del corazón: «Sobre toda cosa guardada guarda tu corazón [*libjá*, לִבְךָ = 52, cifra que, ¡misteriosamente!, equivale a la de la palabra “hijo” o *ben*, בֵּן = 52]; y guárdalo porque de él mana la vida». Reflexión que el escriba de Mateo 12, 35 parece tener muy en cuenta cuando dice: «El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas». De donde, mientras *el cofre de ese tesoro parece estar en el corazón, su auténtica llave se oculta en la cabeza*.

XIV

Bastaría una mirada exhaustiva sobre ese *thesaurus* que la versión hebrea denomina *otzer* (אוצר) para detectar en él una fortaleza o castillo-de-luz, *tzur or* (צור אור) que en el Árbol de la Vida o Sefirótico lleva el curioso nombre de Tiferet, “belleza”, pero también la “salud creativa”. Es allí, entonces, en donde los famosos treinta y dos senderos de sabiduría se reagrupan para distribuirse luego a lo largo y ancho de nuestro cuerpo, templo, como dijo bien Pablo, del Espíritu Santo.

De los tres nódulos del saber —la cabeza, el corazón y el sexo—, dos son penetrables y uno impenetrable. Por la lengua del primero, estamos unidos al idioma y la cultura de nuestros antepasados; por la húmeda flexibilidad del tercero, somos tributarios de nuestros ancestros y proyectamos a nuestros descendientes, pero por el tictac solitario del segundo, estamos a solas con nosotros mismos. Las tres letras madres del alfabeto sagrado estipulan, según el *Libro de la formación* o *Séfer Yetzirá*, que en el primer nódulo la *shin* (ש) asista a todas las manifestaciones del fuego. En el segundo, que la *alef* (א) presida las idas y venidas del aire, y, por fin, que en el tercer nivel sea la letra *mem* (מ) la que lidere las fluctuaciones del

agua. Como el corazón, es decir los treinta y dos senderos de la sabiduría, van y vienen de y a la parte media del cuerpo, su aprendizaje, pliegue y despliegue en la mente del discípulo le permitirán realizar el más difícil de los equilibrios: el del fuego con el agua, el de la energía con la forma, el del heliotropismo con el geotropismo, ya que todo fuego sube y toda agua baja y es preciso situarse entre ambos si uno quiere guiar su vida con serenidad y no padecer los excesos de uno y otro elemento.

Así como en la zona alumbrada por el fuego, en la cabeza, el Árbol Sefirótico sitúa a la *sefirá* Keter, corona, así la franja de aire está en relación con Tiferet o la belleza y la de agua con Yesod o el fundamento. Algunos maestros de la Kábala leen en *yesod* (יְסוֹד) la expresión *sod yod* (סוד יוד), “el-misterio-del-punto”, o bien la palabra *sodí*, “secreto”, es decir “el-secreto-está-en-el-punto oculto-de-la-genitalidad”. De manera parecida al tantrismo hindú, que sitúa a la serpiente de la fuerza cósmica o *kundalini* en el sacro, los kabalistas insinúan que *la flor que se abre en la cabeza tiene su raíz en la zona genital*. Para circular por el organismo sin quemarnos, parecen decir los sabios, el fuego depende del agua. Un importante fragmento del *Libro del esplendor* o *Zohar* nos aclara un poco más ese nexo, esa profunda relación. Dice así: «Yo llegué al Séptimo Palacio –narra Simeón Bar Yohai, el héroe y sabio de esta obra–, que es el más oculto de todos. No tiene forma ni imagen, ni puede en modo alguno presentarse a la imaginación. Aquí, en el retiro más misterioso está el Santo de los Santos, hacia el cual todas las almas se esfuerzan. La luz que sale de aquí irradia en todas direcciones.

Delante de mí descendió una cortina, y me dijeron que detrás de esta cortina permanece la semilla de la vida y que parte para los mundos inferiores por medio de un río cuyas aguas nunca cesan de fluir».

XV

«Cuando la semilla santa deja el Santo de los Santos –prosigue el maestro–, es enviada por canales y fecundada antes de ser destinada abajo [...]. En este palacio (el séptimo) se hallan todos los goces, tanto los conocidos como los desconocidos. Aquí tiene lugar la unión del mundo superior con el inferior; la unión del macho con la hembra. Y en medio de este palacio vi que se eleva un pilar. Era rojo, verde, blanco y negro [...]. En el Séptimo Palacio se halla también el Arca del Pacto, *Arón ha-qodesh* (ארון הקדש), del que salen todas las almas, y en medio del cual, en el más íntimo retiro secreto se halla el *punto oculto*. Y el punto oculto es éste: cuando todos los santos espíritus, todos los palacios y todos los vehículos se unen formando un todo, esta unidad se anima por el Espíritu Supremo.»

Para esta monumental obra de la Kábala castellana del siglo XIII atribuida al rabí Moisés de León, ese punto oculto en el bulbo raquídeo –cerca de donde hoy situaríamos la gestación de las hormonas sexuales– *bajaría de arriba abajo y subiría de abajo arriba sintetizando en la cabeza lo que se analiza y bifurca en el nivel sexual*. Por la pequeña puerta de la genitalidad, entonces, los miembros de la pareja generan y corroboran la dualidad en la que se mueven y

existen las múltiples generaciones, lo plural inmanente, pero por la gran puerta de la mente –y en el mencionado Séptimo Palacio–, cada individuo tiene, remontando la corriente de su médula espinal, la opción de encontrarse con todo lo que es, ha sido y será en un campo unificado y no dual. Mientras que la zona del sacro destila descendencia, pues de ella salen los cuerpos y brotan los individuos, la de la cabeza aspira a la trascendencia de las almas, las cuales, como se ve, tienen su origen allí, arriba, aunque su evidencia material se haga por lo bajo. Como las ramas de un árbol que se separan de su tronco padre, los descendientes viven de sus oposiciones y diferencias, en tanto que allí arriba, por el encuentro con los ascendientes, maestros y profetas, se acentúan las conexiones y se evidencian las semejanzas. Resumiendo, entonces: de los tres pilares esenciales de la literatura kabalística, *El Libro de la formación*, *El Libro de claridad* y *El Libro del esplendor*, que abarcan la friolera de nueve o diez siglos de ininterrumpida disquisición oral, se desprende que para entrar en el *Pardés* o Paraíso de los kabalistas es necesario entender primero el principio cosmológico del *bereshit*; recorrer luego los canales y senderos del corazón o *leb* y aspirar por fin a ingresar en ese Séptimo Palacio que, como el Arca del Pacto que guardaba la primitiva Torá, posee, en la palabra que la nombra, *arón* (אֲרוֹן), la luz u *or* (אוֹר) que da nacimiento a los mundos. Los kabalistas representan el ejemplo gráfico de esta tarea del siguiente modo:

Zohar, Esplendor, זוהר

Leb, Corazón, los treinta y dos senderos de la sabiduría, לב

Zera, Simiente, זרע

XVI

Del mismo modo que en la simiente o *zera* está la clave, el secreto del despertar, *raz er* (רז ער), en los treinta y dos senderos está la escala bien temperada que convierte la letra *ain* (ע) de la semilla en la letra *hei* (ה) del esplendor. Por debajo, y por la misión simbólica de la *ain* que alude al ojo, todo se hace por y para lo visible; en tanto que por arriba, y a través del hálito que evoca la *hei*, la belleza se torna invisible, respirable e inspiradora. Curiosamente, el misterio que rodea a la semilla en su nido y sostén pélvico participa *tanto de la semejanza como de la diferencia*, ya que mientras *ree* (רע) alude, en efecto, a cualquiera de nuestros semejantes, la voz *zar* (זר) se refiere a lo extraño. Y así es, por otra parte: pues cada criatura que viene al mundo por la puerta pequeña *es morfológicamente idéntica a sus progenitores, genéticamente diferente de ellos y únicamente igual a sí misma*. En tanto que *cada individuo, hombre o mujer, que aspire a remontar el río cuyas aguas nunca cesan de fluir, llega a ver tras la puerta grande la radiante Unidad de la que todo procede, el gran océano de la luz infinita e inextinguible*.

Salvo en raras ocasiones, todo ser humano que viene al mundo lo hace *de cabeza*. Por otra parte, cuando dos seres se proponen traer

un tercero a la vida, se enlazan por sus polos opuestos y aspiran a que de sus dos corazones atentos y juntos florezca, *libleb* (לבלב), la comprensión de su insoluble unidad primigenia. De manera semejante y para renacer, para abrirse a la vida anímica, se requiere abrir voluntariamente la cabeza ya madura y darse luz; más tarde, y para crecer en la dirección correcta es preciso hallar un maestro o maestra que nos ayude a recorrer los treinta y dos senderos haciendo consciente a nuestro yo de la objetividad del tú, y por fin, y para transmutar la energía sexual en sabiduría esplendorosa, es preciso ascender con calma las escalonadas vértebras de nuestra propia columna vertebral con el fin de ingresar en el Séptimo Palacio, en el cual el pilar coloreado *somos nosotros mismos bendecidos por el arco iris*. Transfigurados y completos.

Finalmente, si sumamos los valores finales de cada uno de los niveles mencionados obtenemos la cifra 17, completando así el círculo o *jug* (יז = 17) cuya corona suprema es el bien o *tob* (טוב = 17).

Hic opera facta est.

XVII

A medio camino entre el estudio y la meditación acerca de las llaves de las que hablaba el maestro Alexander Safrán, nos encontramos con la representación de los treinta y dos senderos de sabiduría en la forma del Árbol de la Vida. Tradicionalmente, se empieza a estudiar el Árbol de la Vida por la parte alta, es decir por lo Infinito o *Ain Sof* (אין סוף). Antes de ser, el hombre –pero también cada criatura, cada forma viviente o inanimada– nada en un océano de luz ilimitada que, por contracción o *tzimtzum*, como dijo el maestro Luria en el siglo xv, gestará, unidad tras unidad, las especies y familias que pueblan nuestro mundo. Por eso mismo y antes de su propio ser, la criatura humana tiene que conocer la dimensión cósmica de la que emerge.

Puesto que –y según el *Zohar*– el hombre es un árbol invertido que tiene sus raíces (es decir, su cabeza) en el cielo y su copa (sus pies) en la tierra, nuestra alimentación es doble: por la boca participamos de la finita cadena trófica, comemos para vivir; y por la nariz formamos parte de la fuente infinita del Espíritu, respiramos para ser. De estas dos energías, sólida una y etérea la otra, será la segunda la que proceda y comunique directamente con *Ain Sof*, concepto que, por su numerología, equivale al de la luz:

Infinito

$$\text{אין סוף} = \text{Ain Sof} = 207$$

$$\text{אור} = \text{Or} = 207$$

Luz

Más tarde será de esta *luz infinita* que brotará la primera *sefirá*, llamada corona o *Kéter*, en cuyo perímetro simbólico se gestarán los límites de cada ser humano, los cuales, anatómicamente, se sellan en la coronilla.

Sostienen los rabinos que, como la Creación se redondeó, anímicamente hablando, en un día sábado, cada celebración del *shabat* (שבת) encierra en su reverso parte de aquella luz infinita, extensa y constante a la vez, una luz que, oculta hoy por la bisagra del tiempo, irradió en los orígenes de extremo a extremo del universo.

$$\text{אור} \quad \text{Or} = 207$$

$$\text{שבת} \quad \text{Shabat} = 702$$

XVIII

Paradoja numérica que nos aclara, otra vez, la inversión especular que existe entre el hombre y el mundo.

Mucho antes de que textos como el *Bahir*, el *Libro de la claridad* (siglo XII), o el *Zohar*, el *Libro del esplendor* (del siglo XIII), insinuaran la existencia del Árbol de la Vida y nuestra humana relación con él, es en los Salmos donde los estudiosos encontraron la clave a tal nexo, el punto de contacto entre el buscador espiritual y su mapa de navegación. Allí donde el justo es comparado a “un árbol trasplantado junto a corrientes de agua, que da fruto a su tiempo y cuyas hojas no se marchitarán; todo lo que hace le saldrá bien”, en el Salmo 1, 1, los sabios han querido ver una señal paradisíaca, razón por la cual leemos en *Pirke de Rabí Eleazar*: «¿Qué significa trabajar y cuidarlo (al Jardín del Paraíso), qué significa sino ocuparse de las palabras de la Torá y cuidar y seguir la vía que lleva al Árbol de la Vida? De hecho, el Árbol de la Vida no es otro que la misma Torá, de la que se nos dice: “Es un Árbol de Vida para los que se abrazan a ella”».

Comentaristas tardíos como Hirsh sostienen que, puesto que el citado pasaje no dice *natuá*, “plantado”, sino *shatul*, que significa “trasplantado”, el estudiante que no halla en su medio ambiente aquello que busca debe, voluntariamente, explorar un terreno fértil para el desarrollo de sus ideas, lo cual señala en cierto modo una elección. En el *Tanna debe Eliyahu* leemos, al respecto de este salmo, lo siguiente: «Un hombre caminaba por el desierto donde no había agua y su espíritu empezó a desfallecer por la sed, pero encontró un árbol que florecía junto a una fuente de agua, con frutos dulces y una agradable sombra que incitaba a reposar. El viajero se sentó, bebió y comió con alegría, reanimando de ese modo su espíritu. Cuando ya se iba del lugar dijo: “Oh, árbol, oh, árbol, ¿cómo puedo bendecirte? ¿Puedo desearte que tengas una fuente de agua? Ya la tienes. ¿Que tu fruto sea dulce? Ya lo es. ¿Que tu sombra sea agradable? Lo es. Por eso, creo, la única bendición que puedo hacerte es: que la voluntad de Dios sea que todos los brotes que nazcan de ti crezcan como tú” [...]. De la misma forma el Santo, bendito sea, dijo a Abraham: “¿Cómo bendecirte? ¿He de decir: haz que mi nombre sea conocido? Ya lo has hecho. ¿Proclámame guía espiritual? Ya lo has proclamado. Por eso digo que mi voluntad es que todos aquellos que salgan de tus entrañas sean como tú”». Tal es el significado del versículo: «Abraham, que de tu descendencia haya muchos discípulos de los sabios, cuyas hojas no se marchitarán, es decir que no falten en tu descendencia hombres de fe».

XIX

Leemos en el *Zohar* que: «El Árbol de la Vida se extiende de arriba abajo y el sol lo ilumina enteramente». Al revés que los árboles terrestres, cuyas raíces se hunden en el suelo, el Árbol de la Vida las tiene en el cielo, en el *Ain Sof* (אין סוף = 207 = און) o Infinito, pero, dado que el valor numérico de lo que no tiene fin equivale al de la luz u *or*, suele decirse que ese árbol bebe, en realidad, directamente de la luz. También en el *Gita* hindú leemos que el «*ashvattha* u árbol cósmico es indestructible, pues sus raíces están en lo alto y sus ramas miran hacia abajo. Todas sus hojas son himnos y aquel que los conoce conoce el Veda». De hecho, hasta que no se acepta esa premisa es difícil entender las aspiraciones metafísicas que sustentan la Kábala, y cómo, procedente del Infinito, el discípulo ansía retornar a él.

Asimilada, en primera instancia, a la Torá, la figura del Árbol de la Vida o *etz ha-jálm* (עץ החיים) no puede, por tanto, estudiarse aislada de su contexto. Es preciso ver que nace y tiene su origen en la Biblia y que sólo en los siglos tardíos de la Edad Media se desprende y adquiere cierto rango de autonomía. Del mismo modo que el árbol sefirótico está invertido respecto de los árboles de la botá-

nica, también lo están nuestros pulmones y nuestros bronquios, teniendo por raíz la boca y por hojas sus alvéolos periféricos. Por eso es frecuente, antes de empezar a estudiar el árbol, que los maestros nos hagan reflexionar sobre la importancia del nexo entre el pulmón y el aire, trasunto, a su vez, de la conexión entre la criatura y el Espíritu que le ha insuflado vida:

Avir, aire

אוויר

217 = 10

Reah, pulmón

רהא

206 = 8

הוי

Vav-yod-hei

Hijo, Padre y Espíritu Santo

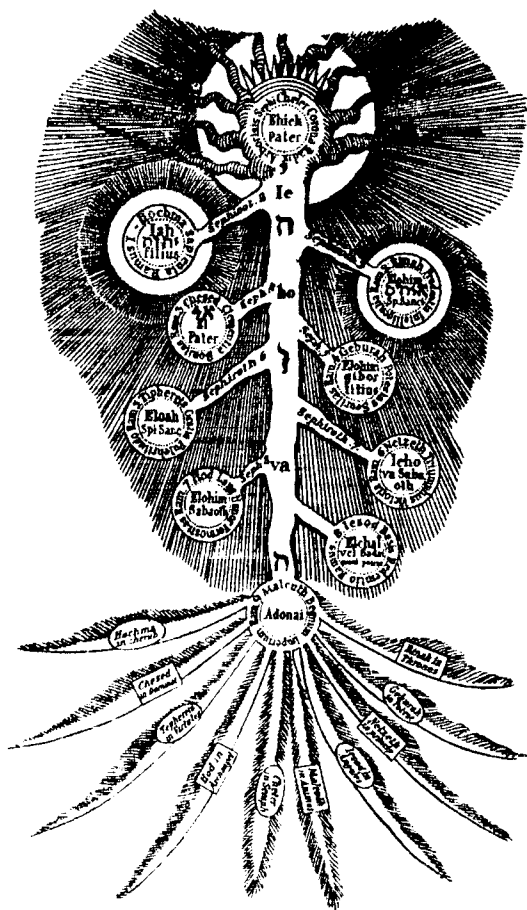
Si sumamos los números del aire y del pulmón, llegamos a la cifra 18, valor de *jai* (יח = 18) lo “viviente”, lo “vivo”; y si consideramos las letras que *no tienen en común* el aire y el pulmón, es decir *avir* y *reah*, al desprenderse las que componen el Tetragrama hebreo (יהוה) a la vez que las que indican la Santa Trinidad cristiana, percibimos de inmediato que estamos enhebrados, unidos, ligados *por el alma viviente al Espíritu vivificante del Creador*, y que estudiar la Torá en tanto Árbol de la Vida, o bien el Árbol de la Vida como puerta hacia la Torá, tendrá como fin último mejorar nuestra calidad respiratoria, afinar nuestros sentidos y permitirnos caminar las mismas sendas que, antes que nosotros, han caminado los justos o *tzadikim*.

XX

El primer texto kabalístico conocido que plantea la enseñanza de los senderos de la sabiduría como árbol es el *Libro de la claridad* o *bahir*. En el capítulo XCVIII leemos: «Todas estas santas formas han sido ofrecidas a las naciones, pero el Santo, bendito sea, ha reservado para sí el cuerpo del árbol, así como su corazón. Del mismo modo que el corazón constituye el más espléndido fruto del cuerpo, así ha tomado Israel el fruto del árbol del esplendor. Y así como la palmera está rodeada de ramas y en su centro está el *lulab* (לילב) o “palmón”, así ha hecho Israel con el eje de ese árbol que es su corazón. La palmera simboliza la columna vertebral del hombre, su pilar esencial. Siendo así que la palabra *lulab* contiene las letras *lamed-bet* (לב), más el prefijo que denota un pronombre posesivo de tercera persona, *lo* (לו), hay que ofrecerle al Creador “el corazón”, *lo leb* (לו לב) [...]. ¿Y qué significan las consonantes *lamed-bet* (לב)? Aluden a los treinta y dos senderos de la Sabiduría delicadamente ocultos, que confluyen hacia el corazón y cada uno de los cuales está regido por una forma especial, de las cuales se dice, en el Génesis 3, 24: “Para guardar el camino del Árbol de la Vida”».

Rumi, el famoso místico sufí autor del *Mathnawí*, cuenta una hermosa parábola llamada *La búsqueda del árbol cuyo fruto hace inmortal* que vale la pena evocar aquí y ahora:

«Un día, un hombre instruido, por gusto de relatar una historia, hablaba de un árbol situado en la India. Nadie que come de sus frutos, decía, envejece ni muere jamás. Un rey oyó referir este relato a una persona fidedigna y se puso ansioso por descubrir aquel árbol, por eso envió en su búsqueda a un mensajero inteligente, que recorrió el país visitando todas las ciudades, llanuras y montañas. Y todos aquellos a quienes preguntaba se burlaban de él, lo trataban de loco o le mostraban un respeto irónico más penoso que un insulto. O también lo enviaban a lugares en los que supuestamente también estaba el árbol en cuestión. Cada uno le daba informaciones diferentes, hasta que al final, tras varios años transcurridos en vanas investigaciones, el mensajero decidió renunciar a su búsqueda y totalmente desconsolado tomó el camino de vuelta. Ahora bien, en un lugar en donde hizo un alto vivía un sabio. El mensajero se dijo: “Ya que no tengo más esperanzas lo visitaré antes de irme, para que me acompañe su bendición”. Y se fue llorando a ver al sabio, a quien le contó acerca de su infortunio. Como el sabio quiso saber más detalles, el viajero desconsolado le dijo: “El emperador me envió a buscar un árbol que es único en el mundo; su fruto contiene la substancia del Agua de la Vida. Hace años que lo estoy buscando y sólo he recibido rechiflas”. Entonces el sabio se echó a reír y dijo: “¡Qué ingenuo eres! Ese árbol es el del conocimiento; altísimo, enorme y cuya copa se extiende más allá de la vista. Su agua interior proviene del océano infinito del Creador”».



El Árbol Sefirótico invertido y con forma de palmera

»Pero tú partiste, continúa Rumi, en busca de la forma y te perdiste; ya no puedes hallarlo pues has abandonado la realidad. Tienes que saber que a veces lo llaman árbol, a veces sol, a veces mar, a veces nube. Es ese algo único de donde provienen cien mil efectos, el menor de los cuales es la vida eterna. Y aunque su esencia es una, tiene mil atributos y se le pueden aplicar innumerables nombres. Una persona puede ser tu padre; con respecto a otro individuo puede ser su hijo. Respecto de otro, puede ser su enemigo, y para otro más mostrarse amigo. Posee cientos de miles de nombres, pero es un solo hombre, ninguna de sus características puede dar de él una verdadera descripción. Quienquiera que busque el nombre sólo está extraviado y perdido como lo estás tú. ¿Por qué atenerte a la palabra árbol de tal modo que quedes amargamente defraudado? Renuncia a los nombres y considera los atributos, para que los atributos puedan guiarte a la esencia. Las disputas de los hombres las causan los nombres: la paz llega cuando se dirigen a la realidad indicada por el nombre».

XXI

***Kéter*, “corona”**

Hay, en el hebreo bíblico, dos nombres para la palabra “corona”: *nezer* y *kéter* (נזר y כתר), más metafísico y sutil el primero que el segundo. ¿Por qué? Pues porque *nezer* tiene la misma raíz que la palabra *nazir* (נזיר), es decir nazareno, y si alguno, entre los arquetipos humanos dibujados en la Biblia, pervive aún en el estudiante de Kábala, ése es el consagrado a los misterios, el *nazir*.

Existían, en tiempos bíblicos, dos clases de nazarenos (*nazirim*, נזירים): los que se ofrecían voluntariamente y aquellos a los que Dios escogía. Los estatutos y reglas que regían a los nazarenos voluntarios se encuentran en Números 6 y tanto hombres como mujeres podían acceder a ese rango por tiempo indeterminado. Quienes hacían ese voto estaban sujetos a tres restricciones principales: *a*) no debían tomar ninguna bebida embriagante; *b*) no debían cortarse los cabellos, y *c*) no debían tocar ningún cadáver, ni siquiera el de los parientes más próximos. Aquel que decidiera consagrarse, entonces, al Creador (*le-Adonai*, ליהוה) estaba como protegido durante el tiempo que durasen sus votos, pues la luz del Altísimo resplandecía sobre él.

Es interesante constatar que la lámina de oro que estaba en la parte frontal del turbante del sumo sacerdote y que tenía grabada la frase «La santidad pertenece a Dios», llevaba el nombre de *nézer* (נֶזֶר), vocablo que tiene la misma raíz que *nazir*. Igualmente, a la corona que portaban los reyes ungidos en Israel se le llamaba *nézer*. En cuanto a los nazarenos de por vida, como el profeta Samuel (1 Reyes 1, 11) o el juez Sansón (Jueces 13, 2-14), desplegarán todo su destino al servicio de lo espiritual, sin poder renunciar nunca al voto, pues su elección se realiza bien en el seno de sus madres, o bien apenas nacidos. A cambio de la renuncia al mundo cotidiano, y mientras llevaban, los nazarenos, una vida ascética en el desierto, viviendo de la caridad o de trabajos eventuales, cielo y tierra protegían sus pasos de modo singular permitiéndoles, cuenta el Talmud, realizar pequeños milagros o curas. Es obvio que extraían algún poder de su soledad y de la extraordinaria capacidad de concentración que se desarrollaba en ellos.

XXII

Con el tiempo, el pueblo judío asoció la figura del nazareno al pasaje del profeta Daniel 12, 3: «Y los entendidos brillarán como el esplendor (*zohar*, זָהָר) del firmamento, y aquellos que justifican a muchos, como las estrellas para siempre jamás». Naturalmente que debido al hecho de que *zohar* y *nazir* proceden ambos de la misma raíz, *raz* (רָז = 207), que quiere decir “secreto”, “misterio”, existe una razón más que suficiente para pensar que el entendido es, en realidad, un iniciado: un *mutjal* (מַטְּחָל) en los secretos terapéuticos y místicos de la luz, *or* (אוֹר = 207), la cual, como se ve, posee el mismo valor numérico que el término secreto, *raz*. En el siglo XIII, período de oro de la Kábala española, el *Libro del esplendor* atribuido a Moisés de León evoca la cita de Daniel para explicar que la simiente a partir de la cual todo comenzó (recordemos que los nazarenos debían abstenerse también de derramar su semen) consiste en las letras grabadas, la fuente secreta de la Torá, la cual surgió del primer punto (o letra *yod*: י). De modo tal que cada nazareno, en su momento y lugar, *reemplazaba lo seminal por lo semántico, la propagación física por la expansión psíquica*. Hasta llegar, con el tiempo, a resplandecer como el mismísimo firmamento. Ahora bien, sin voluntad de comparar la Transfiguración de

Jesús, su *metamorfosis* tal como la denomina el texto griego, con la iluminación que solían experimentar los nazarenos y nazarenas, es obvio que ambas tienen muchos puntos en común.

Veamos un poco más de cerca lo que encierra el citado pasaje de Daniel, en concreto cuando dice que los entendidos, aquellos que saben, brillarán o resplandecerán (יזְהִירוּ). «Este brillar –comenta el *Zohar*– corresponde al movimiento que los acentos y notas imprimen a las letras y a los puntos vocales que les obedecen y les siguen. Las letras son el cuerpo, y los puntos vocales son el espíritu animador, y juntos mantienen el paso con las notas y llegan con ellas a un alto. Cuando el canto de las notas avanza, marchan detrás de las letras con sus puntos vocales, y cuando el canto se detiene, también ellas se paran.» Leer, estudiar, por tanto, profundizar en la naturaleza de lo sagrado como hacían los nazarenos, *les transmitía luz*, pues “la luz que de allí sale, la luz de la Torá, irradia sin cesar, perpetuamente”. Desde el punto de vista de la mutación que ese brillo alcanzado supone, el nazareno pasaba, en su aventura interna, en su peregrinaje anímico, *del cielo al firmamento*, es decir de lo estelar móvil a lo estelar fijo.

Izhiru, resplandecerán

<i>a lo físico</i>	יזְהִירוּ	<i>de lo metafísico</i>
<i>Hijo</i>	228	<i>Padre</i>
	<i>Zohar</i>	
	זֶהֱרָה	

XXIII

Como la Biblia hebrea se lee de derecha a izquierda, es posible ver en ese proceso de iluminación gradual un *tránsito del Padre al Hijo, del Creador a la criatura a través del zohar o resplandor*. Paralelamente, cuando, apelando a la *guematria* o valor numérico constatamos que *izhiru*, “resplandecerán”, vale 228, que equivale a la expresión *dor jai*, “generación viviente” (דור חי = 228), reparamos de inmediato en que esa experiencia solía transmitirse oralmente, boca a boca, generación tras generación, pues el Creador decía, en cada caso, que había que “oír a su Hijo”.

Generación viviente, dor jai

דור חי

רוח

Rúaj, espíritu

Volviendo al tema de la corona, los kabalistas leen en el Salmo 132, 18: «Mas sobre él florecerá su corona», un anticipo de lo que luego será *kéter* en el Árbol de la Vida. La frase original reza: «*Ve-alav iat-zitz nizró* (ועליו יציץ נזרו)». Pues mientras los reyes son coronados con oro, piedras preciosas y materiales nobles, el estudiante lo es

con luz, prestigio y alegría de vivir. Dado que *iatzitz*, traducido por “florecerá”, viene de la voz *tzitz* (צִיץ), que también quiere decir “pluma”, “ala”, “trinar”, “gorjear”, y eso hacen los pájaros, suele entenderse el destino de los estudiantes de Kábala que descubren el valor de la corona como *el de todos aquellos que aspiran a lo ingrávido y alado del Espiritu* para recibir, tarde o temprano, la diadema del cielo.

De hecho, el tránsito de *nezer* a *keter* es, también, el de *la fontanella abierta de nuestra primerísima infancia al de la gradual cerrazón ósea*, por lo que volver de un estado compacto a uno más maleable y osmótico es redescubrir en nosotros las tendencias nazarenas y fortalecerlas, es decir, tratar de consagrarnos, por un tiempo, a cultivar los misterios de la luz. Su canto de fotones.

La corona material nos la deben poner otros, la espiritual florece por influencia divina.

XXIV

Jokmáh, "Sabiduría"

Trasplantado el árbol a un sitio propicio, al Jardín del Nogal de los kabalistas; hallado el esbozo de la corona que caracteriza al estudiante como buscador del Reino de los Cielos interior, es preciso reconocer que, tal y como dice el Proverbio 3, 19: «El Creador fundó con sabiduría la tierra». Habitamos un cosmos, un sitio en el que –a pesar del caos y los recurrentes desastres– prevalece un orden armónico, un equilibrio dinámico. De tal modo que la sabiduría que buscamos no está lejos de nosotros, apartada e inaccesible, sino que soporta o, como dice el texto hebreo, *yased* (יָסַד), funda el planeta que pisamos. Este verbo volverá a aparecer en la sefirá Yesod, el Fundamento, ligada a la genitalidad, que sella una sabiduría semejante en nuestro propio cuerpo. Por lo tanto, si se trata de *algo inherente a la tierra*, no lo encontraremos lejos de ella, en el espacio exterior. O por lo menos no sólo allí.

Los kabalistas dicen que Jokmáh (חכמה) es –en el Árbol de la Vida– el padre o hemisferio derecho y Bináh (בינה) es la madre o hemisferio izquierdo del cerebro, y que mientras en la segunda sefirá late

y brilla el sol o *jamáh* (חמה), Bináh, la tercera, está emparentada con *lebanáh* (לבנה), la luna, que también puede leerse como *lebináh* (לבנה), el entendimiento. Sobre la segunda sefirá, el *Libro de la claridad o Bahir* (XCVI) nos dice que es como un mar: un continente, es ancha, honda y vasta, infiriéndose de ello que Bináh, su pareja complementaria, se asemeja por su parte a un río, penetra y cruza tierra firme y siempre busca a Jokmáh. De hecho, la sabiduría tiene, como el mar, un mayor grado de autonomía y riqueza que el entendimiento o, en otras palabras: la sabiduría es algo que buscamos, el entendimiento algo que construimos. La sabiduría nos precede, el entendimiento es obra de nuestro trabajo y dedicación. Hacia la sabiduría vamos. Con entendimiento regresamos de ella.

Por otra parte, como por su numerología, Jokmáh (חכמה = 73 = גמל) equivale a la palabra *gamal*, “madurar”, “alcanzar una recompensa a los esfuerzos propios”, y siendo que hay en la sabiduría la claridad y luz de un sol, también posee una fuerza o *kóaj* (כח) que *opera a nuestro favor si nosotros actuamos al suyo*. En otras palabras, Jokmáh es el banco de datos del cual llegamos a disponer según nuestro entendimiento. Pero no es posible entender su secreta operatividad mientras no se alcanza el grado de madurez suficiente como para reconocerle *preexistencia*. De este modo, entonces, el sabio no es uno que se ha hecho a sí mismo, sino alguien a quien *la sabiduría ha conformado*.

XXV

El rabí Pinjas acostumbraba a decir: «Lo que persigues no lo logras. Pero lo que dejas crecer lentamente, a su manera, viene hacia ti. Corta un pez grande y en su vientre hallarás el pececillo yaciendo boca abajo».

Dejar crecer lentamente es madurez. Madurez es dejar hacer el trabajo del sol. El trabajo del sol posee la fuerza del universo, ya que *lucet omnibus*, “brilla para todos”. Así también todos estamos articulados por la sabiduría. Los chinos clásicos denominaban a la sabiduría *zhì huì*, y precisaban que lo que mejor caracterizaba al sabio era el taoísta *wu wei*, la no-acción personal, el dejar hacer al cosmos como si nosotros fuéramos su vehículo, su canal, su instrumento, no sus dueños. No obstante, para llegar a ese estado de hacer no-haciendo, que por su parte la Kábala denomina *jokmáh nisteret* o *jen* (ינ), “la sabiduría oculta” que se revela operando por mediación de la gracia, del don espontáneo, es preciso estudiar, meditar, trabajar. Constantemente.

Jen, gracia

ינ

Una parábola china nos ilustra al respecto:

—Ya tengo setenta años —dijo el duque Ping de Jin a su músico ciego Shi Kuang—. Aunque quisiera estudiar y leer algunos libros, creo que ya es demasiado tarde.

—¿Por qué no enciende la vela? —sugirió Shi Kuang.

—¿Cómo se atreve un súbdito a bromear con su señor? —exclamó el duque enojado.

—Yo, un músico ciego, no me atrevería —protestó Shi Kuang—. Pero he oído decir que si un hombre es devoto al estudio en su juventud, su futuro es brillante como el sol matinal; si se aficiona al estudio en su edad media, es como el sol al mediodía; mientras que si comienza a estudiar de viejo, es como la llama de la vela. Aunque la vela no es muy brillante, al menos es mejor que andar a tientas en la oscuridad.

XXVI

Bináh, “entendimiento”

Lo que Jokmáh es al sol, es Bináh a la luna. Mientras la sabiduría es el plan, la idea, el concepto, el entendimiento aparece como su posibilidad de materialización, su opción formal, concreta. Sabemos que la luna recibe la luz del sol, la distribuye y la ahonda. De manera que si el trabajo de la sabiduría es horizontal y lo abarca todo, el del entendimiento es vertical y aspira al doble polo de la raíz y la copa. Tal vez por eso el mundo vegetal se expande de día, pero crece a lo largo de su eje longitudinal por la noche. Es solar por su aparición, pero lunar para su dilatación e hidratación. El hecho de encontrar en Bináh (בינה) a *ben* (בן), el “hijo”, ha llevado a los kabalistas a denominar a esta sefirá la madre, es decir la portadora formal de la idea concebida o alumbrada en Jokmáh. Pero quizás lo que mejor defina a esta zona del Árbol Sefirótico que, recordemos, *hemos procedido a trasplantar en un sitio afín con nuestra capacidad de meditación, coronándolo de nuestros propósitos y estableciendo un canal entre él y la sabiduría que subyace en el corazón de la tierra, es decir, en lo más hondo de la humanidad*, es el hecho de que media, intercede entre las cosas. Así

pues, y dado que en Bináh hallamos a *bein* (בין), lo que relaciona, lo que está *entre*, se comprende que para la Kábala cristiana esta sefirá tenga que ver con María, la *teotókos* o engendradora de la tradición ortodoxa griega.

Por su valor numérico Bináh (בינה = 67 = חננט) equivale a *janet*, el “germen”, aquello que brota. Simultáneamente, y como Bináh puede leerse también como *bniáh*, “construcción”, nos hallamos, al pie de la tercera sefirá, como un artesano o un jardinero que tiene que proceder, conocido ya el diseño del huerto, a darle cuerpo. Mediante una cita del profeta Isaías 11, 2 que reza: «Y sobre él se posará el espíritu del Creador (יהוה), espíritu de sabiduría y de inteligencia», el *Libro de la claridad* o *Bahir* nos da a entender que es en Bináh donde debe aplicarse el rigor y el consejo, es decir, *el límite y el juicio*. Así como un madre, desde el nacimiento mismo de su hijo, *delimita su peso y su medida*, vemos operar en esta sefirá un cierto grado de restricción impuesto por el universo de las formas. «El conocimiento –insiste el *Bahir*– serviría al hombre para obtener control de la verdad, mientras que el temor al Creador es el tesoro de la Torá.» Desde luego hay que entender este temor o *irat* (יראת) como portador de un espejo o *reí* (ראי) cuyo mismo marco es el mundo, de donde *nos reflejamos en todo lo que nos rodea y al mismo tiempo lo que nos rodea ve nuestros actos*. Temor que es en realidad un grado máximo de atención, el mantenimiento de una suerte de sobria lucidez en lo que respecta a nuestros movimientos en el mundo, pues a partir de su crecimiento y ampliación la conciencia se torna paralelamente más responsable. Tener entendimiento,

como expresión coloquial, se refiere a un saber cómo actuar, cuándo y de qué modo detenerse. Los rabíes y kabalistas suelen partir el Principio operador universal o *bereshit* (בְּאֵרֶשֶׁת) en otras dos palabras: *esh* (אֵשׁ), que significa “fuego”, y *brit* (בְּרִית), que alude a una alianza o un nexo.

XXVII

Pero como el fuego “procede” del sol, se trata en realidad de Jokmáh buscando lugares, espacios y volúmenes en los cuales depositar su energía; volúmenes, espacios y lugares que por eso mismo deben aliarse con otros elementos y tienen, por así decirlo, que constituirse.

Entonces, y si hemos entendido bien, lo que mantiene vivo al Árbol de la Vida o Árbol Sefirótico es un “pacto de fuego”, una alianza energética. Tanto más densa y compacta cuanto más cerca de la tierra esté y tanto más fluida y móvil cuanto más alta sea la posición de la sefirá estudiada. Por su parte, insondable, el fuego de la sabiduría *iguala a todas las cosas en su ardor*, pero en cuanto aprendemos a manipularlo *late y brilla allí donde nosotros ayudamos a contenerlo o encauzarlo*. Distinto y único a la vez.

Existe, por fin, una sentencia en Proverbios 4, 7 que dice: «La sabiduría ante todo; y sobre todas las posesiones adquiere inteligencia o entendimiento (*Bináh*)». Frase en la cual la clave está en la voz “adquiere”, *knéh* (כָּנֵה), simplemente porque en ella vibra *ken* (קֵן), el “nido”, el “refugio” en el cual la sabiduría vendrá a reflejarse.

De ahí también la madre, el soporte, el tejido sobre el que se apoya y evidencia el diseño o dibujo sabio. Entonces, *si la sabiduría es el valor, el entendimiento es el precio*, cuyas relaciones fluctuarán de acuerdo con nuestras posibilidades. En otras palabras: que cuanto más valioso sea algo, más nos costará obtenerlo, y así hasta llegar a lo que no tiene precio, pues su mismo valor es incomparable.

Leemos en el *Libro de la formación* o *Séfer yetzirá*, en su capítulo segundo, la siguiente exhortación: «Comprende con sabiduría (o sea *Jokmáh* חכמה), y sé sabio con entendimiento (*Bináh* בִּינָה)», en una más que obvia alusión al funcionamiento mismo del cerebro que, comparado con una nuez o *egoz* (אגוז), recordemos, tiene en el *quiasma óptico* el cruce de sus dos hemisferios. Por eso, y en este nivel del Árbol de la Vida, más aún que en otros, suele decirse que las sefirots fluyen unas en otras, se complementan, pero también alternan, y que es en su alternancia donde de verdad se halla la praxis o práctica de su implícita sabiduría. Como dicen los taoístas chinos, “una vez *yin*, una vez *yang*”. Una vez sabiduría y otra entendimiento, una vez rigor y otra gracia.

XXVIII

Jesed, “compasión”

La Kábala suele dividir el Árbol Sefirótico en dos mitades: la del Macroprosopo o Gran Rostro compuesto por la primera tríada: corona, sabiduría y entendimiento, y la del Microprosopo o Pequeño Rostro, articulada por las siete sefirots restantes. Al mismo tiempo, ocurre que esa primera tríada se refiere a lo *constante*, a lo *invariable*, en tanto que el resto constituye lo *mutable*, lo *aleatorio*. En otras palabras: mientras las primeras sefirots o esferas superiores aluden a una decisión interna y subjetiva, tan subjetiva como puede ser nuestra cabeza y sus dos hemisferios cerebrales, la cuarta, Jesed (דסד), que encarna la compasión, el cuidado, la protección, se refiere a la relación del estudiante con los otros.

Jesed es, entonces, la compasión activa, el deber para con el prójimo.

Al observar que procede de Bináh, el “entendimiento”, que a su vez tiene su origen en la sabiduría, se comprende no sólo que el brazo que rige esta esfera tiene una clara misión terapéutica y restauradora en el mundo, sino también que la función de su mano es en primer

lugar solidaria, luego solícita y después cooperadora. Compasión es lo que solicita Job 19, 21 a sus amigos, y compasión lo que siente la hermana del faraón por el desvalido y flotante niño Moisés. Pero para experimentarla es preciso considerar antes *que el mundo sufre y padece tanto o más que nosotros*. De acuerdo con el egiptólogo Portal, el emblema que los egipcios concedían a la compasión era, a su juicio, la cigüeña, llamada en hebreo *jasidá* (חסידה), que como se ve es el femenino de *jasid* (חסיד), el “piadoso”, el “compasivo”. Basándose en Horapolo Portal, nos recuerda que este modelo compasivo fue originalmente tomado de la actitud de las cigüeñas para con sus padres, a los que cuidan hasta su vejez sin separarse nunca de ellos.

Por otra parte, y comoquiera que en *jasid*, al igual que en *jasidá*, hallamos la raíz *yad* (יד), que significa “mano”, se entiende que el trabajo del kabalista, como en su momento el del terapeuta o el del esenio de los primeros siglos, era la caricia cuando no la cura, la dulzura antes que el rigor. La imposición de manos para transmitir la bendición, en suma. También para el budismo tiene especial importancia el ejercicio de *káruna*, la “misericordia activa”, cuyo propósito es aliviar los sufrimientos de otro. Pero este paralelo entre la tradición hebrea y la budista va mucho más allá, puesto que la citada misericordia se extiende a todo lo viviente, ya que *se funda en la experiencia de la unidad de todos los seres en la Iluminación (bodhi)*, la cual, inseparable de la sabiduría o *prajña*, recuerda a la Jokmáh hebrea, tributaria según se sabe de *jamáh* (חמה), “el sol”.

XXIX

Pero un *jasid*, aquel que manifiesta *jésed*, es también un devoto, alguien consagrado a una acción elevada porque siente que forma parte de algo mayor que el círculo de su propio ego, y que, por eso mismo, se debe al universo más aún de lo que el universo se debe a él. Decía el rabí Elul Hanes: «El ser humano compasivo no es el que restaña la herida después de hecha, sino aquel que, mientras puede, evita causarla. En cierto modo, un verdadero *jasid* se anticipa al desastre sin ansiedad ni prevención, pues no sólo sabe que tarde o temprano ocurrirá, sino que la naturaleza de sus congéneres es tal que cuando la desgracia esté lejos harán todo lo posible por acercarla o, peor aún, por infringirla sin pensar en sus consecuencias. La compasión es como una fruta en su mejor momento: dulce y tierna en la boca de los otros. Elevada en las ramas del propio cuerpo».

XXX

El bien y el ombligo

A orillas del mar Negro dos estudiantes de Talmud-Torá se sentaron a hablar sobre las gracias y desgracias del cuerpo humano. El más alto y delgado se llamaba Izi Roziner y el más bajo Eli Tamides.

–Continúo pensando que lo más hermoso del ser humano son sus ojos –dijo Izi.

–¿Y qué me dices del ombligo? –le preguntó Eli.

La tarde era silenciosa, con un vuelo de gaviotas en el cielo gris y lejanos sonidos de barcos. La primavera había dado paso al verano y, tras el calor de sus noches, el otoño enrojecía las primeras hojas. Pronto llegarían las minúsculas naranjas de China y la tía de ambos, Elke, podría hacer compota para endulzar el té.

–Después de los ojos pondría obviamente las manos, en las que anidan caricias y talentos.

–Me parece que el ombligo merece una reflexión más detenida –insistió Eli, incómodo porque no era la primera vez que su primo, que era un poco sordo, no lo tomaba en cuenta.

–Tras las manos pondría los pies, sin los cuales aquéllas no van a ningún sitio –continuó, orgulloso de su elección, Izi Roziner.

—Sin embargo —elevó su voz Eli Tamides—, el bien más obvio está en el ombligo.

—Veo que insistes en ello —se giró Izi, mirándolo a la cara con una pizca de soberbia—. Antes de dejarte hablar, querría hacerte saber que manos, pies y ojos sirven a la acción, acentúan nuestra posición en el espacio presente, mientras que el ombligo, ya lo sabes, apenas si es una huella del pasado.

—Sí, ¡pero qué huella!

Izi Roziner se inclinó, recogió una piedra y la arrojó al mar. Si él era un poco sordo, su primo tenía fama de testarudo.

—Explícate, pues —le dijo—. Cuéntame por qué para ti es tan importante el ombligo.

—Porque no sólo es el centro embriológico de nuestro ser, sino que su mismo nombre anuncia la bondad de nacer y desarrollar ojos, manos y pies.

—¿No puedes ser más explícito? —preguntó Izi.

—En *tabur*, el ombligo está *tob*, el “bien” —respondió Eli—. ¿Y qué es el bien sino el justo medio entre el mal y la indiferencia? El mal que nos infligimos a nosotros mismos y la indiferencia que solemos sentir por los otros.

Izi Roziner reflexionó unos instantes y reparó en que su primo tenía razón. Incapaz de reconocerlo, por envidia o por celos, le dio la espalda para que no se le notara el gesto adusto y volvió a arrojar otra piedra al agua, tras lo cual preguntó:

—¿Y qué me dices de la lengua?

—Que es más inocente cuando pregunta que cuando responde.

XXXI

Gueburá, “fuerza”

Existe un verbo hebreo que da cuenta de lo que esta esfera o sefirá del Árbol de la Vida indica: *lehitgaber* (להתגבר), que quiere decir “sobreponerse”, “superarse”, “fortificarse a sí mismo tras una situación difícil”. Como vemos, y no podía ser de otro modo, hallamos en su interior a *gueburá* (גבורה), la fuerza, activa, explícita, segura de sí. El hecho de que proceda de Jésed, la “compasión” o “misericordia”, habla bastante a las claras de su función defensiva, es decir, de un rigor reservado para uno mismo, pues en esta área nos hallamos ante aquello que los chinos epitomizan como el mejor comportamiento posible: ser suave, redondo, curvo en gentilezas para con los demás, pero firme, exigente y recto por dentro. Algo semejante nos dice el *Libro de la claridad* o *Bahir*: «¿Cuál es la relación que existe entre ambos, el rigor y la misericordia? El vino es el rigor, el temor, y la leche, la compasión. ¿Y por qué la Escritura menciona primero el vino? Porque el vino está más cerca».

En otras palabras: el efecto del rigor o de la fuerza es más rápido, quizás, que el de la misericordia o compasión, pues como si se tra-

tase de un fuego que enciende, al igual que el alcohol, la sangre, aquello que es movido por la fuerza puede ser efectivo a corto alcance, pero nunca lo es a largo término. La misericordia, y con ella la piedad, posee efectos más durables que la fuerza. Sin embargo, parece decirnos el Árbol de la Vida, *un exceso de compasión caería víctima de la fuerza de otro, así como una dosis demasiado alta de fuerza atrae, para mitigar sus estragos, necesariamente a la compasión*. En el primer caso, uno puede destruirse por dejadez, flojera, falta de voluntad; y en el segundo corre el peligro de hundirse en su propia cólera. Por eso el Árbol de la Vida aparece, una vez más, como un organigrama que armoniza nuestras tendencias, que busca equilibrar nuestras pulsiones y energías.

Por su valor numérico, *gueburá* (גבורה = 216 = חבור) equivale a *jibur*, “atar”, “ligar”, porque suele decirse que un iniciado, un estudiante del Árbol de la Vida, debe saber unificar sus campos de acción, por lo cual deberá, muchas veces, soportar tensiones inauditas, esforzarse, dominarse, controlarse. Al mismo tiempo, y si se observa con atención, en *jibur*, “ligar”, “unir”, “coordinar”, y tras una ligera aliteración, hallamos *be-rúaj* (ברוח), en Espíritu, por el Espíritu. El *Bahir* va aún más lejos al señalar que la leche es blanca y el vino usualmente rojo, infiriendo de ello que este último es homologable a la sangre y por ello a su hierro. Sin embargo, este hierro interior, que de hecho es el mismo que forja la espada o el puñal en suma, no deberá ser empleado para herir a otro, sino para sujetarse a sí mismo, para tensar las propias clavijas de la personalidad.

XXXII

Tiferet, “belleza”

Esta sefirá, la sexta en el orden descendente, es mediadora entre el cielo y la tierra, entre lo izquierdo y lo derecho. Constituye, por así decirlo, *el medio justo*. Asociada desde temprano con la salud, vemos en ella, *tiferet* (תפארת), en efecto la raíz *rafá* (רפא). Curar, medicar, sanar. Lo cual nos remonta, por un lado, a los esenios y, por el otro, a los terapeutas, médicos morales, místicos y prácticos, quienes operando en este nivel y situándose en los bordes de lo social –los desiertos de Judá y del lago Mareotis– promovían un tipo de vida, una dieta y una manera de ser que buscaba cultivar la belleza del corazón, es decir, la gracia interna.

Mientras que para los griegos la belleza era tributaria del ojo, los hebreos la circunscriben al oído, relativizando todo canon externo por creerlo peligrosamente discriminatorio, ya que considerando lo bello como radicalmente distinto de lo feo, en términos humanos se corre el peligro de despreciarlo, y ningún médico, ningún sanador puede dejar de atender a un paciente porque su apariencia no responde a la belleza clásica. Por otra parte, ¿existe algo más bello que

lo sano, en una fruta, una planta o un ser vivo? Grecia e Israel coincidirán aquí, en el epicentro de *tiferet*, para legar al tiempo futuro un concepto de lo bello que será indivisible de lo sano y de lo bueno. El porqué en este punto se aproximan, para reciclarse, las dos sangres del corazón, la arterial y la venosa, lo explicará el poeta Yehuda Haleví (siglo X-XI), quien dirá que «el órgano cordial es el más sano y el más enfermo de todo el cuerpo». Aquel que recoge los deshechos y promueve la mejora de los hechos.

En posesión de *jésed* y *gueburá*, de “compasión” y “fuerza”, quien opere desde la sefirá belleza o *tiferet* buscará regenerar a sus congéneres, aliviar a quienes así lo soliciten, haciéndoles recapacitar acerca de qué es lo que de verdad constituye, como dicen los maestros hebreos, “la hermosura del corazón” y, según los didactas griegos, la *filocalia* (el amor a la belleza y por extensión –recordemos– la plegaria ortodoxa en el corazón de Jesús). Al respecto, dirá Evragio Póntico, uno de los más influyentes pensadores bizantinos: «Si queréis, permaneciendo en un cuerpo, rendir a Dios el culto de una criatura incorpórea, mantened en el secreto de vuestro corazón una plegaria ininterrumpida y vuestra alma llegará a ser, aún antes de la muerte, igual a los ángeles». Y también agregó: «El hombre carnal debe convertirse en espiritual, transformándose ambos, por una resolución firme, en el tercero y el primero: el Espíritu». La belleza o *tiferet* es el lugar del Hijo, que, en otras palabras, y siendo el Padre pensamiento, sería el sitio del acto, el territorio de la acción, el espacio de lo revelado.

XXXIII

Muchos kabalistas han querido ver, a lo largo del tiempo y en *tiferet* (תפארת), un misterio subcutáneo, algo que está debajo, *tat* (תת), de las cosas y los seres, razón por la cual no puede considerarse a esta belleza algo meramente superficial. Así, mientras la plegaria natural de un esteta sería el culto a las formas, la del místico, hombre o mujer sensibles, sería la adoración del sentido, la música regular de los latidos.

Diádoco de Fódice, un maestro griego del siglo v, dejó dicho: «Tu Dios, dice la Escritura, es un fuego abrasador (Deuteronomio 4, 24). Por eso el Señor invita a un poderoso amor a su gloria. Ese nombre glorioso, totalmente deseable, fijado en el corazón, ardiente por la memoria del intelecto, hace nacer una disposición para amar en todo tiempo su bondad sin encontrar impedimentos. He aquí la perla preciosa que se puede comprar vendiendo todos los bienes y cuyo descubrimiento procura una alegría inenarrable». Los griegos denominaban a esta alegría *jairo*, emparentada con *járis*, la gracia, que a su vez hallamos en el vocablo litúrgico *eujaristía*, que devendrá *Eucaristía*. El rito cristiano y griático mediante el cual el

corazón del maestro sana boca y corazón de sus discípulos. Pero la tradición hebrea aún hoy llama a esa experiencia *simjáh* (שמחה = 353 = הגשמיה), alegría pura y simple cuyo equivalente numérico es *ha-gueshmáh*, lo realizado, encarnado, manifestado, de ahí que, si las sefirots anteriores a *tiferet* actúan como corresponde, el resultado será encarnarlas en belleza, dejándolas traslucir a través de los cinco sentidos, vehículos u actores físicos de esa emoción.

Esta “alegría sin fantasmas”, como la llamaba el de Fótice, se traduce en una mejoría de la salud propia y en una capacidad para aliviar los dolores de los demás. Por lo que ése es, entonces, el campo de acción de *tiferet*: el lugar donde el pensamiento se vuelve emoción y la emoción sentimiento hasta llegar al gesto más elevado del amor: la compasión.

Sobre tu corazón

El rabí Méndel de Kotzk citó el pasaje de Deuteronomio 6, 6: «“Y estas palabras que yo te envío hoy estarán sobre tu corazón”. Observad —continuó—, que no dice *en* tu corazón, porque hay momentos en que el corazón está cerrado. En esas circunstancias es cuando las palabras descansan sobre el corazón, y cuando éste se abre, en las horas de gracia, se hunden en él profundamente».

XXXIV

Nétzaj, “victoria”

Si la característica más obvia de la belleza natural es su condición de efímera, de fugaz, la de la belleza sobrenatural es imperecedera. Pero esta belleza interna que con tanto ahínco y con tanto esfuerzo ha perseguido el meditador situado junto al Árbol de la Vida, hallada a la altura de su tórax, en los entresijos de su propio corazón, en la forma de una luz irradiante que permite “dorar casi todo lo que se mira”, como anotara en su diario el pintor de iconos Constantino de Pireo, *debe volver al mundo*. Triunfar sobre sus propios desencantos. Un padre del desierto llamado Teodoro de Mareotis solía decir –para referirse al regreso al mundo tras una experiencia extática– lo siguiente: «Recomiendo a los hermanos que han experimentado la luz que aprendan a verla en todas partes fuera de sí mismos con la misma felicidad, porque no se nos privilegia para el encierro y el disimulo, sino para irradiar la gracia recibida».

Nétzaj (נצז), la séptima sefirá, al recoger la fuerza procedente de Tiferet, lleva a cabo el primer acto de refinado, *tzáj* (נצ), que conduce a la gracia o *jen* (ן). Esto es: el sujeto ha entrado en la mina

de su propio ser, ha encontrado la veta aurífera, la riqueza de su propio corazón, y tras separar lo valioso de lo espúreo, lo precioso de la ganga, decide, como dice el Evangelio, mostrarlo por la abundancia de su boca. A eso parece aludir Lucas 6, 45: «El buen hombre del buen tesoro (*agatou thisaurou*) de su corazón saca bien [...], porque de la abundancia del corazón habla su boca». La victoria a la que alude este nivel del Árbol de la Vida, entonces, no es otra cosa que *el triunfo del pie sobre el camino*, es decir de la voluntad sobre el destino. De la palabra creadora sobre el verbo destructor.

Pero dado que por su raíz semántica *nétzaj* procede de *nitzjí* (ניצח), aquello que es eterno, impercedero, la batalla que se ha de ganar en esa renovada lucha contra las superficialidades y los óxidos del tiempo es precisamente para situarse por encima de la inercia y el peso agobiante de lo cotidiano, que en cada momento nos acecha con sus obligaciones y pequeños compromisos. Ser portador de un buen tesoro y hacerlo hablar por nuestra boca, es decir *transformarlo en verbo*, es una tarea ardua y de poco beneficio material, por cuanto la citada victoria es ante todo una lucha del Sí-mismo en su deseo de prevalecer por encima del territorio del ego. En otras palabras: hacer que el corazón guíe nuestros pasos y el pie sea consciente de su camino no es una minucia. Hay que domeñar la pereza, la postergación, la trivialidad. Es aquí, según el *Libro de la claridad* o *Bahir*, donde surge la misteriosa relación entre la bendición y la rodilla que articula nuestra pierna sobre la superficie de la tierra: «¿Qué indica esa bendición –dice la citada obra– en la expre-

sión *barúj hu* (“bendito sea Él”)? Es como si dijera *bérej hu* (Él está o se halla en el principio flexional de la rodilla), pues tal y como figura escrito en Isaías 45, 23: “Delante de Mí se arrodillan”».

XXXV

De ahí que todas las iniciaciones concluyen, en el sacerdocio y en la antigua caballería, cuando *el sujeto se inclina y arrodilla para recibir la bendición que llevará, y, sobre sus propios hombros, al mundo*. Al mismo tiempo, ¿quién no ha sentido, ante la implosión de la belleza, en una catedral o ante una maravillosa puesta de sol en el mar, en un bosque o frente a la sonrisa de lo que se ama, el inconsciente deseo de arrodillarse primero para incorporarse después, transfigurado por el resto del día o de la noche?

Insumiso a las leyes del mundo pero sumiso al *ordo spiritualis*, el buscador-que-ha-hallado mantendrá entonces –y tras su experiencia suprema ante el altar de la belleza interior– una actitud reverente y compasiva ante todo y ante todos, pero no se desviará ya de su camino, transportando en todo momento la imagen del Árbol de la Vida y de su maravillosa estructura en su sencillo y despejado entrecejo.

El canto al Tú

El rabí de Berditchev solía cantar un canto, parte del cual es como sigue:

Allí donde me aventuro: ¡Tú!

Allí donde medito: ¡Tú!

¡Sólo Tú, de nuevo Tú, siempre Tú!

¡Tú, Tú, Tú!

Cuando estoy satisfecho: ¡Tú!

Cuando estoy triste: ¡Tú!

¡Sólo Tú, de nuevo Tú, siempre Tú!

El cielo eres ¡Tú!, la tierra eres ¡Tú!

¡Tú por encima! ¡Tú por debajo!

En cada comienzo, en cada final.

¡Sólo Tú, de nuevo Tú, siempre Tú!

¡Tú, Tú, Tú!

XXXVI

Hod, "gloria"

Por su numerología, por su cifra secreta *hod* (הוד = 15 = חט) equivale a *jaz*, "observar", "ver", "visionar". Pero por su significado intrínseco alude al eco o *hed* (הד) que el hombre lleva en su interior, aquí simbolizado por la letra *vav* (ו); y a esa resonancia del mundo del espíritu (ה) al cual ha decidido ser fiel. En cierto modo, resulta lógico que a la victoria le suceda la gloria, al triunfo de uno mismo sobre uno mismo le sobrevenga la sensación de que lo espiritual está actuando a nuestro favor. Habíamos visto que de *nétzaj* había un camino hacia lo eterno, *nitzjí*, detalle que hacía de esa esfera un programa de trabajo sobre lo constante, lo permanente, en tanto que su compañera de nivel ocupa o parece ocupar todo lo relacionado con el tiempo. Lo sabemos, inferimos que es así porque el mismo san Pablo dice en 1 Corintios 15, 41 que: «[...] otra es la gloria del sol, y otra la de la luna, y otra la de las estrellas. Porque una estrella es diferente a otra en gloria». Mientras que por *Nétzaj* el sujeto se adentraba en el camino de lo constante, en la perseverancia, en *Hod* debe ser *consciente de cada minuto de tiempo que vive, y debe, por decirlo de algún modo, extraer visión de su mirada, profecía de su entorno.*

San Pablo considera también, suponemos, las distancias y las jerarquías, asegurándose de que se mantengan, porque cada cosa y cada quien tienen su hora y su momento de revelación, así como su instante de comprensión. Reconocer, por tanto, la gloria, esplendor o fama de algo no va ni debe ir en detrimento de otra cosa: el tiempo procede por sucesión y alternancia en tanto que la eternidad oscila en lo simultáneo. Dios juzga, nosotros valoramos. Y, sin embargo, como dice uno de los aforismos de Angelus Silesio: «El tiempo es como la Eternidad y la Eternidad es como el Tiempo si tú no haces distinción entre ellos».

El simbolismo de las piernas es, por una parte, indivisible del tiempo que transcurre sobre un espacio, y que se resuelve en la ecuación del camino, pero el peregrino de lo infinito intentará experimentar esa *no-distinción* o *no-dualidad* de la que habla el místico hasta el punto de llegar a sentir que bajo cada paso resplandece, ya, el aura de lo majestuoso, la presencia de lo sagrado.

Salíamos, tras el contacto íntimo con la belleza de Tiferet, a la realidad de la calle, al mundo, portadores de un sentido recogido en la parte alta del Árbol de la Vida. Y si veíamos lo grande en el triunfo de Nétzaj, ahora tenemos que ver, en lo posible, el Reino de los Cielos en cada pequeña cosa que brote en nuestro camino.

XXXVII

De hecho Hod es portador de *du* (דו), “dos”, lo “dual”, que debe ser aceptado como la historia y la cronología que nos han tocado vivir sabiendo que *de todos modos nosotros daremos un paso por delante*. Eso es, ni más ni menos, lo que significa tener visión o desarrollar la visión.

En tanto que en Nétzaj o victoria aprendemos por analogía, por semejanza, en Hod consideramos las cosas por diferencia, entendiendo el símbolo de *hed* (הד) o el eco no sólo como aquello que segregan nuestros propios actos, sino, incluso, los de los demás, sobre todo en la *proximidad del abismo*, que es donde mejor se percibe la capacidad de cada persona para desarrollar alas o caerse. Zev ben Shimon Halevi considera que la línea invisible que une nuestras rodillas de modo horizontal es la zona de la voluntad, y en cierto modo tiene razón, pues si cuando caminamos *el pie o la pierna que reposa cuenta con la gravedad de todo el cuerpo en su adherencia a la tierra, el pie o la pierna que se dispone a dar el próximo paso debe moverse y tiene, voluntariamente, que levantarse para proseguir la marcha*. El tiempo, pues, busca lo eterno, busca su propia cesación o reposo, pero es ne-

cesario recorrerlo a lo largo de muchas horas y minutos y segundos para que se pueda ver *a través de él*.

Volviendo a san Pablo, es preciso aprender de la gloria que no dura, o bien que no siempre está en el mismo sitio. Se halla, pues, en el sol, la luna y las estrellas, pero de modo diferente, y está en cada uno de nosotros si aguardamos con paciencia el momento de su advenimiento, sin temor ni envidias. Con sabiduría, con inteligencia, cada una de nuestras piernas aguarda, al caminar, que la otra se adelante, sabe esperar y no le preocupa demasiado lo izquierdo o lo derecho, sino el camino verdadero. Ese que conduce al centro de uno mismo.

Difícil de contentar

Un pobre hombre se encontró con un antiguo amigo en su camino. Éste tenía el poder sobrenatural que le permitía hacer milagros. Como el hombre pobre se quejaba de las dificultades por las que atravesaba su vida, su amigo tocó con el dedo un ladrillo que de inmediato quedó transformado en oro. Se lo ofreció al pobre, pero éste encontró que era poco. El amigo tocó entonces un león de piedra que se transformó en un león de oro macizo y lo agregó al ladrillo de oro. Pero el pobre encontró que el regalo era aún insuficiente.

—¿Qué más deseas, pues? —le preguntó el hacedor de prodigios.

—¡Quisiera tu dedo! —le respondió el otro.

XXXVIII

Yesod, “fundamento”

La novena sefirá, llamada precisamente fundamento, ocupa emblemáticamente el sitio del sexo, pero el valor o la transcendencia de esa zona no está allí, sino en el cerebro que la dirige, como parece darlo a entender el *El libro de la claridad* o *Bahir*, que dice: «La columna vertebral se prolonga desde el cerebro del hombre hasta su miembro viril, y por ello la simiente viene de arriba». De hecho, y dado que el justo es como una columna –en alusión a la *vav* o sexta letra alfabética que él mejor que nadie parece encarnar–, será él quien conozca mejor que nadie los secretos o *sodots* que se albergan, efectivamente, en *yesod* (יֵסוֹד). Pero en ese espacio que lleva el significativo nombre de la puerta estrecha para la Kábala –siendo la puerta ancha la corona o *keter*– y tal como parece insinuarlo la forma misma de la letra *sámaj* (ס) ligada a esta sefirá, duerme en ella una serpiente enroscada, una serpiente que se muerde la cola, dueña del veneno y el antídoto, de la mordedura iniciática o mortal. La equivalencia de esa idea con la de la *kundalini* sánscrita es más que obvia.

En efecto, *kundal*, la “serpiente”, tiene que ser despertada según el yoga tántrico para que, una vez erguida, pueda alcanzar el séptimo *chakra* o centro de energía llamado *sahasrara*, la rueda o loto de los mil rayos de luz. Si tiende hacia abajo, hacia el mundo sensual y sexual, acentúa la dualidad, promueve una vez más la partición, pero si su energía asciende y se funde en el polo superior, entonces conduce a la iluminación que supera toda dualidad. Atraviesa la puerta ancha a la manera de Jesús en el Tabor de su Transfiguración, y todo el cuerpo resplandece con una luz increada, eterna. Las topografías del arriba y el abajo son universales como las leyes del cielo o la tierra. Por lo que, cuando ascendemos, *más significado adquiere el vacío resplandeciente*, en tanto que, por el contrario, *cuando descendemos más valor se concede a lo lleno y a la opacidad de sus volúmenes*.

Según las comparaciones empleadas por quienes han experimentado el ascenso de la *kundalini*, éste puede ocurrir de cinco maneras: *a)* como el avance hormigueante de un insecto; *b)* como el gozoso nadar de un pez en el océano del divino éxtasis; *c)* como el salto de un mono que alcanza la coronilla del practicante; *d)* como un pájaro que salta de rama en rama; y *e)* como una serpiente que asciende en zigzag hasta la coronilla. Lo sorprendente en este paralelo entre la tradición hindú y la hebrea es que la serpiente o *najash* (נָחָשׁ = 358 = מֵשִׁיחַ) está en correspondencia numérica con *meshíaj*, el “Mesías”, de ahí el nexo entre el veneno y el antídoto; el hombre mortal, es decir, el que obedece al carácter exotérico de la serpiente, se reproduce y muere, y el ser humano

inmortal (el Cristo o Mesías en nosotros), que se regenera y vive transformando veneno en elixir, cambiando la piel tantas veces como sea necesario.

XXXIX

Al mismo tiempo, si aliteramos *meshiaj* convirtiéndolo en *isaméaj* (ישמח), éste pasa a ser la expresión “se alegrará”. Es decir, se alegrará todo aquel que reciba su enseñanza esotérica, interior, que conduce a la iluminación indual, a la síntesis y no al análisis.

Esta esfera, la novena del Árbol de la Vida, evoca por tanto a los nazarenos y sus votos temporarios o definitivos de castidad, ya que –abocados a lo secreto o *sodí* (que en hebreo es derivado de *ye-sod*, יסוד)– empleaban la energía potencial de esa parte de sus organismos para sublimarla en Amor con mayúsculas, esforzándose en ir de la puerta estrecha a la puerta ancha, del afecto exclusivo al inclusivo. Existe, al respecto, en la Biblia, un pasaje que es empleado por los estudiantes para aludir a su trabajo sobre esta zona, y dice así en el Eclesiastés 10:, 11: «Si muerde la serpiente (*ha-na-jash*) antes de ser encantada, de nada le sirve al encantador (*baal ha-lashón*)». De manera que la tarea, el designio, es encantar la energía, disponerla a nuestro favor transformando *zera* en *ezer*, la simiente en ayuda:

זרע *zera*, simiente

עזר *ezer*, ayuda

En el primer caso tenemos a *ain*, el ojo (ע), leyendo de derecha a izquierda, en último lugar, y en el segundo en primero. Como la partícula *zar* (זר) presente en ambas palabras significa “extraño”, “singular”, pero alude a un ramo o corona si se lee *zer* (זר), vemos que la decisión dependerá siempre del sujeto, que si trabaja para lo público deberá aceptar la ley excluyente de lo múltiple, y si trabaja para lo secreto o en secreto cohabitará con lo único, haciéndose acreedor de portar *keter*, la “corona”, sitio por el que el Árbol de la Vida *hace su fotosíntesis*.

La novena sefirá llama, pues, a trabajar sobre uno mismo sublimando el deseo por el otro o lo otro, e insinúa que si aquello que *se halla en un extremo es transportado al otro, lo que está abajo es elevado*, la materia misma deviene incandescente, adquiere luminiscencia en sí misma.

XL

Cómo nació en la India el árbol del pan

Cerca del bosque, en una choza, vivía un anciano con su hijo y un criado. Tenían también por compañero a un perro fiel. Olvidados de todos, se encontraban prácticamente en la miseria. Brahma, dios misericordioso, velaba sin embargo por ellos. Era el tiempo en que caían sobre la tierra ardiente de la India las lluvias torrenciales.

Los habitantes de la choza no se atrevían a salir en tanto el turbión no cesara. Como eran muy escasas sus reservas alimenticias —cuatro hogazas de pan que guardaban en su vieja arca—, esperarían a que las lluvias cesaran para que la tierra produjese nuevos frutos. Una noche, tormentosa como ninguna otra, mientras nuestros moradores estaban sentados en torno a la mesa y el perro dormía a los pies de su dueño, sonaron unos fuertes golpes dados en la puerta.

El criado abrió. Se trataba de un mendigo que pedía un poco de pan. El viejo, después de contemplar las hogazas, le dijo a su servidor:

—Dale mi pan, este hombre es más viejo que yo y está más necesitado, puesto que ni siquiera dispone de un techo bajo el cual cobijarse. ¡Que Brahma nos proteja!

El criado, con gesto desagradable, cogió el pan, alargándoselo al mendigo. Éste les bendijo y se alejó.

Pasaron siete días, al cabo de los cuales apareció de nuevo el vagabundo pidiendo con qué poder calmar su hambre. El anciano, después de pensarlo unos segundos, le dijo al criado:

—Puedes darle tu pan. Si ayudas al desgraciado, Brahma te recompensará.

Hizo, pues, el servidor, lo que le decían.

Las lluvias no cesaban, y pasados siete nuevos días volvió el desamparado mendigando pan por tercera vez, medio desfallecido y casi con señales de moribundo en su rostro.

—Dale el de mi hijo.

El temporal siguió arreciando y por cuarta vez apareció el pedigrüño.

—Sólo nos queda el pan del perro. Dáselo.

Cuando así lo hacía el criado, ante su sorpresa, el mendigo lo llamó por su nombre y le bendijo mientras su persona se transfiguraba. Los sucios ropajes cayeron de su cuerpo macilento. Una luz resplandeciente lo envolvió, al mismo tiempo que adquiriría la fuerza propia de la juventud.

XLI

¡Era el dios Brahma!

Dirigiéndose al criado le dio una semilla grande como una almendra y le dijo:

—Entrega esta semilla a tu señor para que la siembre. Crecerá de ella un árbol con cuyos frutos jamás pasaréis hambre. Éste es el premio de Brahma por el socorro que habéis dado a los desventurados.

El criado entró maravillado en la casa y, entregando la semilla a su dueño, le explicó lo sucedido. Salieron ambos fuera, pero no pudieron ver al dios, que ya había desaparecido. El anciano, cogiendo la semilla, la sembró en una colina. Luego dio las gracias a Brahma.

Acto seguido una lluvia cálida y benigna cayó sobre la tierra, propicia para la siembra. Pronto un tallo duro fue erigiéndose, alto, recio y recto sobre el suelo, hasta formar un árbol magnífico. De entre sus ramas salieron cuatro frutos; eran cuatro enormes panes, esponjosos y muy sabrosos. Y así fue creado el árbol del pan en la India, como dádiva generosa de Brahma a su amado pueblo.

XLII

Malkut, “reino”

En el diagrama del Árbol Sefirótico, *malkut*, la “décima esfera”, alude a la tierra o es, en cierto modo, el cable-a-tierra que previene y nos previene acerca de los excesos del relámpago o *barak* (ברק = 302 = שב), esa zigzageante y misteriosa manera que tiene la energía de manifestarse de arriba abajo y cuyo valor numérico equivale al de *shab*, “volver”, “tornar”, pues una vez que se ha revelado lleva al sujeto al sitio del cual procede. Es, entonces, en el reino de lo terrestre en donde deben hacerse los esfuerzos por convertir *el rojo en blanco*, el primer Adán en segundo Adán, el ánima viviente en espíritu vivificante como quiere san Pablo. En cierto modo eso significa volver a nuestro planeta, que nos soporta y conforma con su riquísima substancia, *consciente de su origen estelar e ígneo*. Llevarlo de lo sólido a lo líquido, de lo líquido a lo aéreo, de lo aéreo a lo irradiante y de allí a lo etéreo. Regresar de su estado apocalíptico o revelado a su estado genésico o creacional.

En *malkut* (מלכות) o el “reino”, subyace, por otra parte, la marca de la muerte o *mavet* (מוות) en cada *col* (כל) “cosa” o “ente”, por lo de-

más finito, y en ese sentido suele decirse que, si el origen estelar del Árbol de la Vida está en el *ain sof* o infinito, su finitud terrestre nos advierte acerca de la necesidad de trabajar dentro de un círculo preciso, rehuendo toda vaguedad, promoviendo la nitidez y huyendo de la confusión. Aceptando, en suma, el lugar de recambio que supone la muerte. Los maestros sostienen que así como cada especie se distingue de las demás por su código genético, cada estudiante tiene que fijar primero su raíz en un espacio terrestre con el fin de *disolver las piedras que lo alimenten*, empleando el agua de las emociones para hacer subir la savia hacia el punto de inflexión de la luz sobre las hojas, es decir de la mirada en la página. Considerando que el infinito es inestable, que hay que hacerle aquí abajo algún punto de apoyo con el objeto de que se nos permita ascender hacia él o hacia lo que él significa.

Mirada de cerca, *adamáh* (אָדָמָה), la tierra, que según el mito bíblico era roja, *adom* (אָדָם), en el momento de ser formado de ella *adam* (אָדָם), el hombre, posee en su interior el eco o *hed* (הֶד) del origen, *em* (אֵם). Y donde mejor se lo perfila es precisamente en la *dam* (דָם) o “sangre”, la cual siendo de ese color ayuda a entender por qué existe, por un lado, el tabú de comerla entre los hebreos, y por qué es la encargada de vehiculizar en su corriente la vida anímica y espiritual del estudiante. Digamos, para ser más claros, que por la sangre humana circula la tierra entera, pero también que esa circulación está causada –como la luz que produce fotosíntesis en la hoja vegetal– por el soplo de oxígeno que a su vez es gestado por la misma luz.

XLIII

La luz circula entre las estrellas como la sangre lo hace entre nuestros órganos internos, reza un principio analógico hermético, pero para pasar de lo interior a lo exterior o, en otras palabras, para ascender del reino a la corona que lo domina y lo instruye, o de *mal-kut* a *kéter*, es necesario comprender el espíritu (ה) mismo que contiene la tierra o *adamáh* (אדמה), el cual, como puede verse, está por otra parte frente a los ojos humanos en cada momento (ה אדם). A este proceso los kabalistas lo denominan comprender y desarrollar la fijeza o *kbiut* (קביעות = 588 = בירושלים), cuya equivalencia numérica da “en Jerusalén”. Punto geográfico que para la tradición judeocristiana es, precisamente, el del encaje del eje celeste por el que fluye la energía hacia la tierra.

Por otra parte, en fijeza o *kbiut* (קביעות) hallamos a *bait* (בית), la “casa”, el “cuadrado mágico”, el habitáculo, el espacio en donde meditamos, y también *beet* (בעת), “un tiempo dado”, un “momento específico”, y por lo tanto unas coordenadas que fijan en cada instante el espacio de nuestro trabajo interior, pues el reino es, ni más ni menos, que nuestro mundo imaginario, nuestro campo de visión, el cual debe ser recorrido como un rey recorre sus domi-

nios. Naturalmente, antes se lo debe circunscribir –para que pueda ser fértil y propicio– a una realidad tangible. Resulta por lo menos impresionante comprobar que la voz “constancia”, en hebreo *ek-biot* (עקביות), posee las mismas letras que “fijeza”, y que ambas participan de la raíz *ekeb* (עקב), “seguir”, “buscar”, “investigar”. Por lo tanto: investigar la fijeza, buscar la concentración.

Arriba, pues, en el nivel del *ain sof*, la movilidad inasible, rotando, danzando, girando, y abajo, la búsqueda de una fijeza, de un *ekag-hatta* o “punto quieto” –al decir de los budistas– a partir del cual atraer sobre uno esa elástica movilidad. No otra razón, por otra parte, tiene la construcción simbólica e imaginaria de un mandala o círculo inscrito en un cuadrado de la tradición tibetana: hacer que la mente se concentre primero para soltarla a su aire después, ya que el reino que halla su rey es como la consecuencia que encuentra su causa. La alquimia, en su lengua críptica pero aguda, llama *tierra adámica*, dice Pernety, a la materia de la cual es preciso extraer el mercurio hermético (la Kábala diría que ese elemento es la mismísima *hei* [ה], letra anímica por excelencia que lleva en su seno la *adamáh* [אדמה] o “materia terrestre” que nos sustenta) hasta lograr, por fin, mediante el empleo de esa substancia, la *tierra solar*, es decir la mina de oro no vulgar o el sitio del que proceden el brillo y el resplandor. El reino es, pues, nuestro laboratorio, el conjunto de nuestro instrumental, los eslabones finitos de una cadena infinita, reconocida la cual, somos, por fin, libres.

XLIV

Daat, "entendimiento o ciencia"

La palabra de la cual procede el nombre de esta sefirá, para muchos la invisible o bien la undécima esfera del Árbol de la Vida, *daat*, procede del Proverbio 3, 20 que dice: «Con su ciencia (דעת) fueron los abismos dilatados y destilan rocío los cielos». De hecho, el abismo al que se refiere este nivel es el que existe entre lo que el *Zohar* llama el Macroprosopo y el Microprosopo: el Gran Ser y el Pequeño Ser, divididos por el eje de lo cronológico, imagen que acertadamente refleja, en la estructura templaria de la Iglesia católica, el sitio ocupado por el ara o la mesa donde se celebra la liturgia, que no es otra cosa que las bodas del Tiempo con la Eternidad, lo perecedero con lo imperecedero.

En efecto, si abrimos la misma palabra, *daat* (דאט ו דעת), hallamos en ella a *dat* (דאט), que indica un conocer, un "saber", y a *et* (עת), "período", "época", por tanto un momento en el tiempo. Tal es la razón por la cual *la liturgia es la santificación del espíritu en el despliegue del calendario*, sus colores, sentidos y direcciones, y el ara de piedra precisamente donde se celebra el rito, un rito que si bien

busca exorcizar el tiempo para que no pase, pone a la vez de relieve su importancia para el hombre. Por otra parte, *daat* (דעת), que señala entendimiento tanto como ciencia, posee, como puede verse a simple vista, una *ain* (ע), que es la letra que alude al ojo, a lo que se ve, a diferencia de la simple religión o hábito, *dat* (דת), que carece de una mirada abierta. Así, esta esfera –que, en el cuerpo humano visto como Árbol de la Vida, hipotéticamente estaría entre la parte superior del corazón y la garganta– es un abismo insondable, pero asimismo el sitio por el que pasa el puente entre el Padre y el Hijo, lo imperecedero y lo percedero.

Muchos kabalistas consideran, sin embargo, que dado que esta sefirá no es mencionada en el *Séfer yetzirá* o *Libro de la formación*, el cual tan sólo habla de diez esferas –diez y no nueve ni once–, *daat* representaría en realidad el punto de vista dialéctico, móvil del árbol en cuestión. O sea, y la liturgia cristiana así lo confirma, el lugar desde el cual se juzgan los acontecimientos presentes a la luz de lo atemporal.

Sobre *daat* se dibuja, además, otra figura clave, el rocío o *tal* (טל = 39 = אבול), uno de cuyos equivalentes numéricos toca a la palabra *ebul*, que significa “galería secreta”, “pasaje” y parece aludir justamente a la conexión entre el corazón y la cabeza. El rabí Simón Bar Yojai, el maestro del *Zohar*, nos recuerda que el rocío es un rocío de resurrección, y que, mediante su empleo, aquello que está *dormido despierta, lo muerto resucita y lo ignorado se abre a la ciencia*.

XLV

Por su cifra, 39, sabemos además que el *organon* entero del Árbol de la Vida posee 32 senderos entre letras y números, 3 ejes verticales y 4 horizontales, que son los cuatro mundos: emanación, creación, formación y acción, los cuales se consolidan justamente en el número cuya palabra es *tal*, “rocío”. Por lo tanto, y si obtengo ese rocío, despierto al Árbol de la Vida, pero si, además, lo miro y estudio con calma veo que es en él donde se posa.

Observemos un poco más de cerca lo que ese *ebul* (אבול) o “paseje secreto” contiene: en principio a *leb* (לב), el “corazón”, pero también aparece *ab*, (אב), el “Padre”, a la vez que la letra *vav* (ו), que simboliza, recordemos, al Hijo, de donde es posible inferir que en *daat* no sólo comprendemos las relaciones entre lo microscópico y lo macroscópico —de ahí la no tan casual acepción de ciencia por la que se traduce esta sefirá—, sino también lo que conviene a cada momento en el tiempo y en el espacio. Recorridas, entonces, todas las esferas del Árbol de la Vida, y si hay algún sitio desde el cual su imagen habla, debemos pensar que lo hace a través de *daat*.

Zona a la cual los kabalistas aplican el Proverbio 7, 2: «Mi Enseñanza (Torá, תורה) –dice el Creador– es como la “pupila” de tus ojos». Siendo, como es, la voz pupila o *ishón* (אישון = 367 = שכל פּוּב) equivalente, por su cifra, a la expresión *tob séjel* o “bueno de mente”, “bueno de entendimiento”, y sabiendo que hay en ella un fuego secreto o *esh* (אש), vamos directamente hacia él para comprender que *todo nuestro trabajo junto al Árbol de la Vida consiste en aprender a abrir los ojos a lo que ya existe, alimentándonos a cada instante de sus sorpresas y maravillas, ya que ese fuego es el fuego del ish (אש) o ángel en el ser humano, por lo que si su punto de vista es angélico, el universo íntegro se convertirá para él en un mensaje o buena nueva.*

«Puedan verte mis ojos –anotó santa Teresa–, pues eres lumbre de ellos.» Y el maestro Eckhart escribió: «Los ojos con que vemos a Dios son los mismos con que Él nos ve a nosotros».

XLVI

Recorridas e individualizadas la mayor parte de las llaves de la Kábala, mencionados sus tres grandes pilares, el *Séfer yetzirá* o *Libro de la creación*, el *Séfer ha-bahir* o *Libro de la claridad* y el *Séfer ha-zohar* o *Libro del esplendor*, hay que agregar que a partir el siglo XVI se desarrolla una Kábala cristiana que, primero en Italia y luego en Alemania, amplía las perspectivas y alcances de la tradición original hebrea, leyendo, cuando cabe hacerlo, los Evangelios desde un punto de vista numérico y secuencial. No obstante, el grueso de esa sabiduría permanece aún hoy en el corazón de Israel, del mismo modo que el hinduismo es patrimonio esencial de la India, a pesar de que, en muchos aspectos, el budismo nació con el propósito de superarlo. Permanecen, pues, en la memoria de los hombres, mitos y arquetipos para demostrarnos la importancia cultural que tienen y el poderoso influjo que aún ejercen sobre los seres humanos.

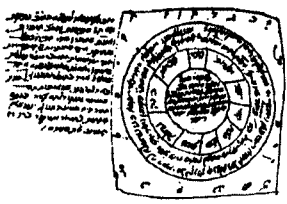
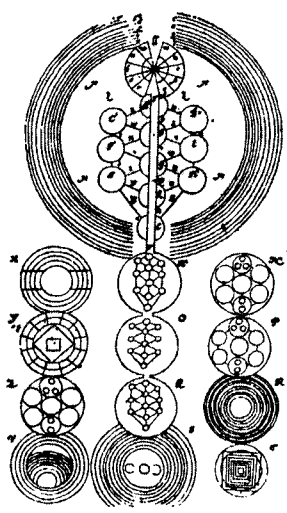
Se cuenta que el maestro Baal Shem Tov, quien vivió en el siglo XVIII y fue un notable místico y visionario, solía reunir a sus alumnos y llevarlos al bosque cuando había algún problema que resolver o un dolor que disipar. Allí encendía un fuego de un modo pe-

cular y con sumo cuidado, en voz baja, pronunciaba la plegaria correspondiente. Al Creador le gustaba tanto eso que hacía Baal Shem, le fascinaba tanto la regularidad de su fuego y los colores de las llamas, que no podía resistirse y le concedía al maestro lo que había pedido, serenando a todas las personas que se encontraban con él en tales ocasiones. Cuando, al cabo de los años, el rabino murió, sus discípulos se dieron cuenta de que nadie sabía en realidad en qué consistían las plegarias que con voz casi inaudible había pronunciado el maestro, pero como conocían el lugar del bosque al que solían ir, y sabían cómo encender el fuego, una vez al año todos los que se sentían infelices y necesitados volvían a reunirse en aquel sitio arbolado, encendían una hoguera tal y como habían visto hacer a Baal Shem Tov y cantaban las canciones y recitaban los salmos que se les ocurrían. Y entonces, prosigue la historia, al Creador le gustaba tanto ese lugar y ese fuego y toda aquella gente reunida que hacía caso omiso a las palabras y les concedía alegría y sanación a todos los que allí se habían congregado.

La evocación sobrevive al suceso, el perfume a la rosa que lo produjo. La Kábala a todos sus desvíos y bifurcaciones.

TABLA DE LAS LETRAS HEBREAS Y CALDEAS

Número	Sonido o fuerza	Letras hebreas y caldeas	Valor numérico	Caracteres latinos por los que se transcriben en la presente obra	Nombre	Significado del nombre	
1	<i>a</i> (respiración suave)	א ב ג ד ה ו ז ח ט י	1	(Los millares se indican por una letra de mayor tamaño: por ejemplo, un Aleph más grande que las demás letras entre las que se encuentran, no significa 1, sino 1.000.)	A	Aleph	Buey
2	<i>b, bh</i> (<i>v</i>)		2		B	Beth	Casa
3	<i>g</i> (<i>dura</i>), <i>gh</i>		3		G	Gimel	Camello
4	<i>d, dh</i> (<i>z</i> suave)		4		D	Daleth	Puerta
5	<i>h</i> (fuerte aspiración)		5		H	He	Ventana
6	<i>v, u, o</i>		6		V	Vau	Clavija, clavo
7	<i>s, ds</i>		7		Z	Zayin	Arma, espada
8	<i>j</i> (gutural)		8		Ch	Cheth	Recinto, valla
9	<i>t</i> (fuerte)		9		T	Teth	Serpiente
10	<i>i, y, [j]</i>		10		I	Yod	Mano
11	<i>k, kh</i>	Final = 10	20	Final = 500	K	Caph	Palma de la mano
12	<i>l</i>	Final = 20	30		L	Lamed	Aguijón de bueyes
13	<i>m</i>	Final = 30	40	Final = 600	M	Mem	Agua
14	<i>n</i>	Final = 40	50	Final = 700	N	Nun	Pescado
15	<i>s</i>	Final = 50	60		S	Samekh	Puntal, soporte
16	<i>o, aa, ng</i> (gutural)	Final = 60	70		O	Ayin	Ojo
17	<i>p, ph</i>	Final = 70	80	Final = 800	P	Pe	Boca
18	<i>ts, tz, j</i>	Final = 80	90	Final = 900	Tz	Tzaddi	Anzuelo de pesca
19	<i>q, qh</i> (gutural)	Final = 90	100	(Las finales no siempre implican un valor numérico mayor.	Q	Qoph	Nuca
20	<i>r</i>	Final = 100	200		R	Resh	Cabeza
21	<i>sh, s</i>	Final = 200	300		Sh	Shin	Diente
22	<i>th, t</i>	Final = 300	400		Th	Tau	Signo de la cruz



Diagramas del Árbol de la vida



Mano con escritura kabalística



**Acróstico con la palabra hebrea *mizráh*,
Oriente, que enuncia que “la vida proviene de donde nace el Sol”.**

editorial **K**airós

Puede recibir información sobre nuestros
libros y colecciones o hacer comentarios
acerca de nuestras temáticas en

www.editorialkairos.com

Numancia, 117-121 • 08029 Barcelona • España
tel +34 934 949 490 • Info@editorialkairos.com